

DIFERENCIAS ENTRE SEXOS EN LOS JUICIOS VERBALES SOBRE SU COMPORTAMIENTO AMOROSO Y SEXUAL

CARLOS YELA GARCÍA
Departamento de Psicología Social
(Universidad Complutense de Madrid)

Resumen

La revisión de los principales resultados sobre diferencias entre sexos en comportamiento amoroso y sexual obtenidos en la literatura especializada, así como los enfoques teóricos principales (Sociobiología y Socialización Diferencial) que tratan de explicarlos, sirve de base -teórica y empírica- de las hipótesis diferenciales que se pretenden contrastar.

Para ello elaboramos un cuestionario, incluyendo ítems de escalas de diversos autores (ver C.Yela, 1995, 1996, 1997), que aplicamos a una muestra de 412 sujetos.

Los resultados de los análisis (diferencias de medias, correlaciones, regresiones y análisis temporales) suponen un apoyo empírico a las hipótesis planteadas, las cuales vienen a confluír en dos aspectos básicos: una mayor separación entre amor y sexualidad, y un mayor deseo de promiscuidad sexual por parte de los hombres. En cualquier caso, tales resultados no suponen el apoyo de una alternativa teórica frente a la otra, puesto que pueden ser explicados tanto desde perspectivas genéticas como de aprendizaje.

Palabras clave: Diferencias, Hombres, Mujeres, Comportamiento Amoroso, Comportamiento Sexual, Sociobiología, Socialización Diferencial.

Abstract

An extensive review of the main results upon differences between men and women on loving and sexual behavior, as well as the main theoretic frames that try to explain them (Sociobiology and Differential Socialization), was taken as the basis for the several hypothesis we wanted to test.

According to that, we built up some scales including ítems from well-known authors (see C.Yela; 1995, 1996, 1997), aplying them to a sample of 412 subjects.

Data analysis (mean differences, correlation differences, regression analysis and temporal analysis) support the majority of the hypothesis proposed, which can be summarized in two basic aspects: a bigger separation between love and sex as well as a bigger desire of sexual promiscuity among men.

Anyway, this results can't be taken as supporting one of the main theoretic frames against the other because, in fact, they can be explained both from genetic and learning points of view.

Key words: Differences, Men, Women, Loving Behavior, Sexual Behavior, Sociobiology, Differential Socialization.

Introducción

No parece sensato ni pertinente detenerse a destacar la importancia de las actitudes y conductas amorosas y sexuales, ni a justificar la importancia de su investigación, y por ende, la de las diferencias entre uno y otro sexo en tales aspectos (en tanto la mayoría de las relaciones amorosas en nuestra sociedad son entre *dos* personas, y generalmente de *distinto sexo*). Desde el punto de vista individual, las relaciones amorosas (con su componente sexual) son fuente de satisfacción de una larga serie de necesidades -aunque, desde luego, también de problemas-. Desde el punto de vista social, constituyen nada menos que el cemento sobre el que se instala la unidad social básica de nuestra cultura: la familia (siendo la razón confesada para el matrimonio en una abrumadora mayoría de la población; *Simpson*, 1986; *CIRES*, 1992). Afortunadamente, como se ha comentado en otro lado (*C.Yela*; 1995, 1996), Ciencias Sociales y especialmente la Psicología Social, han comenzado hace unas décadas a liberarse de los recelos y tabúes a los que suele estar sujeto el abordaje científico de tales asuntos, comenzando a investigar con seriedad y rigor fenómenos como la atracción interpersonal y el amor romántico. En otros lugares pusimos a prueba un modelo teórico sobre las dimensiones básicas del amor en la pareja (*C.Yela*, 1996), y su evolución temporal a lo largo de la relación (*C.Yela*, 1997). Nos centraremos aquí en la exposición e intentos de explicación de las principales diferencias encontradas sistemáticamente entre hombres y mujeres (componentes de las relaciones amorosas mayoritarias -heterosexuales-), tanto en la literatura especializada como en nuestra propia investigación empírica. Dejaremos para un próximo trabajo (ya en curso) el análisis de las relaciones homosexuales.

Dado el frecuente carácter polémico de este área se impone formular, de entrada, una serie de advertencias previas.

Existe un viejo debate filosófico que en Psicología se ha plasmado en la polémica entre la Psicología como disciplina «idiográfica», cuyos defensores optan por estudiar la singularidad de cada individuo, y la Psicología como disciplina «nomotética», cuyos defensores abogan por el estudio de las regularidades de la conducta, tratando de establecer leyes generales, ya sea sobre el ser humano como especie, o para distintos subgrupos (definidos generalmente por los llamados «factores socio-demográficos», como es el sexo o género). La segunda opción nos permitirá avanzar en el conocimiento de las causas y correlatos de la conducta humana y del comportamiento diferencial de los distintos grupos socio-demográficos. La primera, *combinada con la segunda*, nos permitirá ahondar en el estudio de una persona en particular (como conviene, p.ej, en la Psicología Clínica). Por ello, sin dejar de reconocer y subrayar explícitamente que la comprensión de la conducta amorosa de cada individuo (y en último extremo de cualquier conducta) requiere un análisis particular que matice los hallazgos del análisis general (del individuo como parte de uno o varios grupos sociales), queremos insistir también en la relevancia y necesidad de ese análisis general.

Dentro de la perspectiva nomotética, la Psicología Diferencial, como el resto de las ramas de la Psicología, ha recibido diversas críticas, tanto sobre su objeto como sobre su método. Aunque es necesario tenerlas en cuenta y analizarlas, afortunadamente no tenemos que ir muy lejos para encontrar una réplica acertada -a nuestro juicio- a ambos tipos de críticas (vid. *Burgaleta*, 1989).

Por otro lado, es preciso recordar que cuando encontramos una diferencia intergenérica, no hemos de olvidar que existe siempre una gran variabilidad intragenérica (*Hyde*, 1981), y esto es válido también respecto al comportamiento amoroso. Las diferencias entre hombres y mujeres se refieren a tendencias generales, no -ni mucho menos- a personas concretas: siempre existirán, por tanto, no pocas excepciones a esa regla o tendencia general hallada.

Por otro lado, para establecer como firmemente consolidada una diferencia conductual entre dos grupos cualesquiera -aunque siempre de forma provisional, como toda proposición científica-

habrá que cerciorarse de que los resultados obtenidos se deben realmente al fenómeno estudiado y no a determinadas características de la muestra (que suele estar compuesta por estudiantes universitarios), de los instrumentos (que suelen adolecer de ciertas debilidades técnicas), de la situación de investigación (apremio de tiempo, condiciones de aplicación...), ni a posibles sesgos en la respuesta de los sujetos (como deseabilidad social, vergüenza, falta de interés o sinceridad...), ni a la influencia de otras posibles variables contaminadoras (cuya totalidad resulta, como es sabido, imposible de controlar).

Igualmente, nos permitimos recordar que el hallazgo de una diferencia entre uno y otro sexo en formas de pensar, sentir o comportarse, no implica ni justifica en absoluto la existencia de una discriminación sexista: la igualdad de derechos y oportunidades nada tiene que ver con la igualdad psicológica (ni con disciplina científica alguna), sino que se basa en criterios éticos. Por nuestra parte, confiamos en que si la discriminación sexista tiene sus últimas raíces en la ignorancia, el conocimiento de las diferencias reales entre ambos sexos pueda conducir a eliminar -o reducir- la discriminación, logrando un mayor respeto mutuo y una mayor igualdad de derechos y oportunidades.

Esto no debe confundirse con una obsesión, muy extendida actualmente, por tratar de eliminar las diferencias conductuales (en nuestro caso amorosas y sexuales). Existe la idea comúnmente aceptada -de forma implícita- de que tales diferencias son nocivas o perjudiciales, y que justifican la discriminación sexual todavía vigente en nuestra sociedad. Pero esto es ya un juicio de valor: las diferencias existen o no existen, y se deberán a factores evolutivos o de aprendizaje sexista (o, más plausiblemente, a ambas causas), pero en ningún caso tales diferencias pueden ser utilizadas como una justificación *lógica* de ninguna conducta discriminativa. Por otro lado, la Literatura de todos los tiempos y actualmente las propias Ciencias Humanas y Sociales ponen de manifiesto cómo en la mayoría de las ocasiones son precisamente esas diferencias entre hombres y mujeres lo que atrae un sexo hacia el otro. Como señalaba recientemente *M. Yela* (1994, p.53): «La desigualdad es un hecho psicobiológico y cultural; la igualdad, una aspiración ética (...) aunque no necesariamente en todo. Las diferencias pueden ser fecundas y enriquecedoras (...). Debemos conocer las diferencias y sus causas, aprovecharlas en lo que favorezcan la solidaridad [y la atracción, añadiríamos], y remediar las injusticias que provocan».

Las hipótesis que tratamos de contrastar en este trabajo atienden a una serie de variables que tienen una sólida base teórica y/o empírica (han sido contrastadas previamente). Veamos, pues, tanto las principales explicaciones teóricas como los principales estudios empíricos sobre las diferencias en comportamiento amoroso entre hombres y mujeres, aspectos ambos capitales en cuanto constituyen el fundamento de nuestras hipótesis.

Como es sabido, existen distintos modelos teóricos que tratan de explicar las diferencias genéricas en los comportamientos amorosos y sexuales. Con frecuencia, enfoques de muy diversa índole dan cuenta (eso sí, a posteriori), cada una con conceptos y procesos distintos, de un mismo fenómeno. Por citar un ejemplo, *Oliver y Hyde* (1993), en su meta-análisis sobre los estudios concernientes a las diferencias genéricas en actitudes y conductas amoroso-sexuales, resaltan que la sistemáticamente contrastada mayor promiscuidad sexual de los hombres es explicada tanto por el Psicoanálisis (Chodorow), como por la Sociobiología (Buss), la T0 del Aprendizaje (Mischel), la T0 de los Roles Sociales (Eagly), o la T0 de Guiones-Conducta (Gagnon) (vid. *Oliver y Hyde*, 1993).

En última instancia, y tratando de sintetizar, cabe hablar de dos corrientes teóricas fundamentales a la hora de tratar de explicar las diferencias genéricas:

- La primera, basa la explicación de las diferencias genéricas en comportamiento amoroso y sexual, en la adquisición, a través del proceso evolutivo, de estrategias sexuales adaptativas diferentes en uno y otro sexo, transmitidas genéticamente. Es el enfoque de la llamada *Sociobiología*

(Trivers, 1972; Dawkins, 1976; Symons, 1979; Wilson, 1981; Buss y Barnes, 1986; Buss, 1988, 1989; Buss y cols., 1992; Buss y Schmitt, 1993; Walsh, 1991, 1993...).

- La segunda, basa su explicación en el aprendizaje, a través del proceso de socialización, de conductas amorosas y sexuales diferentes en uno y otro sexo. Es el enfoque de la *Socialización Diferencial* (Harris, 1971; Bem, 1974; Peplau y cols., 1978; Wrightsman y Deux, 1981; Nicholson, 1984; Averill, 1985; Coleman y Ganong, 1985; Etxeberria, 1989; Nieto, 1989; Valencia y cols., 1989; Carvajal y cols., 1990; Garaizabal, 1992; Nichols, 1992...).

Pero, a nuestro modo de ver, ambas explicaciones no son necesariamente incompatibles: la sociobiología puede resultar válida fundamentalmente para explicar las posibles causas originales del surgimiento de las estrategias amorosas y sexuales diferentes entre uno y otro sexo, durante el proceso de hominización, así como la pautas amorosas y sexuales universales (presentes a lo largo de las distintas culturas y épocas históricas); mientras que la socialización diferencial parece más plausible a la hora de explicar los motivos que mantienen esas diferencias en el hiper-socializado hombre occidental de finales del siglo XX (aunque no faltan voces entre los propios sociólogos, que señalen que las Ciencias Sociales tienen una concepción «sobre-socializada» del hombre; Wrong, 1961), así como las diferencias en el comportamiento amoroso y sexual entre unas culturas y otras (tanto actuales como a lo largo de la historia). Tal y como cabe señalar respecto al viejo debate «natura-nurtura»: los genes del hombre no actúan sino en un ambiente concreto, y todo ambiente lo es para un hombre con una determinada carga genética. La conducta humana es el resultado de la continua interacción genes-ambiente (M. Yela, 1978; Lewontin, 1984). Explicar sistemáticamente cualquier diferencia atendiendo exclusivamente a factores genéticos o de aprendizaje y relegando totalmente de la explicación el otro tipo de factores, es caer en un reduccionismo pernicioso, como han denunciado muy diversas voces (p.ej. Gould, 1981, respecto al determinismo biológico; y Wrong, 1961, respecto al determinismo sociológico)

La Sociobiología ha solido asociarse a actitudes machistas, y la Socialización Diferencial a actitudes feministas, bajo un conjunto de erróneas pre-suposiciones: que las conductas debidas a factores biológico-evolutivos son inmodificables; que las debidas a factores ambientales y de aprendizaje son fácilmente modificables; y que las diferencias conductuales o psicológicas suponen o deben suponer diferencias en la igualdad de derechos y responsabilidades. Ninguna de esas premisas es cierta. Como señalaron recientemente Sagan y Druyan (1992, p.83): «Si algunas de nuestras propensiones son innatas, como probablemente lo son, eso no significa que no podamos aprender a modificar, mitigar, incrementar o redirigir el comportamiento resultante». Por otro lado, todos conocemos la enorme dificultad de modificar las costumbres sociales, por muy ajenas que estas estén de nuestros impulsos innatos. Ya se ha señalado que al constatar una diferencia entre hombres y mujeres (p.ej. en deseo de promiscuidad sexual), por un lado, ello no quiere decir que todos los hombres ni todas las mujeres se comporten según la dirección apuntada, y, por otro, nada tiene que ver con las cuestiones éticas como las referidas a la igualdad de derechos y oportunidades. Finalmente, *con frecuencia ambos tipos de presiones (evolutivas y socio-culturales) actúan en la misma dirección*, con lo que se refuerzan sus efectos (p.ej. el valor adaptativo de la promiscuidad sexual masculina a lo largo de la hominización, junto a la represión social de la promiscuidad femenina a través de la historia).

Por tanto, es necesario interpretar los datos con la máxima prudencia. En este sentido, cabe decir que las explicaciones biologicistas de tales diferencias son frecuentemente asociadas a actitudes machistas, mientras que las explicaciones sociologistas lo suelen ser a actitudes feministas. De alguna manera, tales vínculos van ligados a ciertas presunciones erróneas: que las diferencias debidas a causas biológico-evolutivas son inmodificables, y que las diferencias originadas por el aprendizaje socio-cultural son fáciles de modificar. Ninguna de ambas cosas es cierta. Por otro lado, existe también la asunción común de que ambos tipos de causas son incompatibles y actúan en sentidos opuestos. Esto también está muy alejado de la realidad. Ya

hemos señalado que las teorías que sostienen uno y otro tipo de causas son perfectamente compatibles, y que con frecuencia los motivos evolutivos y de aprendizaje de dichas diferencias, actúan en el mismo sentido.

Dentro de la corriente de la *Sociobiología*, el desarrollo de unas estrategias amorosas y sexuales diferentes en uno y otro género debe su origen, en última instancia, a la diferencia en el «nivel mínimo de inversión parental» (Trivers, 1972): mientras los machos de nuestra especie solo necesitaban (y necesitan) invertir un mínimo de unos pocos minutos para transmitir sus genes, las hembras requerían (y requieren) un mínimo de nueve meses. Esta inexpugnable diferencia provocará, a lo largo de eones de evolución por Selección Natural, la adquisición de estrategias adaptativas diferentes en uno y otro sexo, transmitidas genéticamente. Así, el sexo que más invierte (la mujer) desarrollará y consolidará una estrategia más selectiva y menos promiscua, puesto que dicha estrategia tendrá mayor valor adaptativo ya que redundará en una transmisión genética más eficaz (Buss y Schmitt, 1993). Dado que nuestra carga genética es prácticamente idéntica a la de nuestros ancestros -e incluso a la de otros primates, como el chimpancé, con quien compartimos un 99'6 % de los genes activos; Sagan y Druyan (1992), dichas estrategias podrían estar actuando como telón de fondo de nuestras conductas amorosas y sexuales (aunque no de forma consciente, ni voluntaria, ni planeada, y quizá tampoco de forma adaptativa en el entorno actual).

En un ambicioso análisis, Buss (1989) verificó algunas de las hipótesis derivadas de la sociobiología, empleando muestras de 37 culturas a lo largo de los 5 continentes (para una N total de más de 10.000 sujetos). El propio autor ha sistematizado recientemente su enfoque, en forma de postulados, hipótesis generales e hipótesis de trabajo sobre la promiscuidad sexual, las características más valoradas en el otro, el carácter de los celos, el efecto coolidge (preferencia por estímulos sexuales novedosos, mucho mayor en el género que menos invierte -los machos-, al menos en otras especies...). Un aspecto esencial de su enfoque es la distinción entre estrategias a corto plazo (fundamentalmente -aunque no exclusivamente- relativas a relaciones sexuales) y estrategias a largo plazo (principalmente relativas a relaciones amorosas), insistiendo en que dichas estrategias no tienen por qué ser -y de hecho no lo son- conscientes ni planeadas. Mientras que las estrategias de las mujeres no diferirían sensiblemente en función del contexto temporal, las estrategias de los hombres a largo plazo serán notablemente distintas que las estrategias empleadas a corto plazo. (Buss y Schmitt, 1993). Resultados muy similares hemos obtenido en una reciente investigación (Jiménez Burillo et al., 1997, y en preparación).

Muchas de las hipótesis propuestas por estos autores han sido confirmadas empíricamente (Buss y Barnes, 1986; Buss, 1989; Clark y Hatfield, 1989; Kenrick y Trost, 1989; Buss y cols., 1992; Oliver y Hyde, 1993...etc; y en nuestro país, p.ej. Avia y cols., 1990; Carreño, 1991; Malo de Molina, 1992; Jiménez Burillo et al., 1997, y en preparación), si bien existe siempre la posibilidad de una explicación alternativa a los mismos hechos, tanto sociológica como desde la propia sociobiología. Así, por citar solo un ejemplo, al igual que existen motivos evolutivos para explicar la menor promiscuidad femenina (según la mencionada teoría del óvulo caro o del nivel de inversión parental), También los habría para explicar (con carácter post-dictivo, como es habitual tanto en el enfoque sociobiológico como en el de la socialización diferencial) una presunta mayor promiscuidad femenina: mayor provisión de recursos para la descendencia, mayor variabilidad genética, como previsión en caso de pérdida de la pareja, como evaluación de potenciales parejas con mayores recursos y mejor calidad genética...etc (Fisher, 1992).

Por su parte, los defensores de la *Socialización Diferencial*, señalan que desde el mismo momento del nacimiento, e incluso antes del mismo (como ponen de relieve ciertos estudios tanto con madres embarazadas como con bebés -ellos vestidos de rosa y ellas de azul-; Nicholson, 1984), varones y féminas son tratadas de forma distinta y enseñadas a comportarse de distinto modo, de acuerdo con el *estereotipo de rol de género* que la sociedad les asigna. La existencia de la llamada *doble moral* -normas socio-culturales tácitas sobre lo prescrito y lo

proscrito en el terreno de las relaciones amorosas y sexuales, diferentes para uno y otro sexos constatada ya en la Antigua Mesopotamia (Fisher, 1992), y ha permanecido a través de la Edad Antigua (Bardis, 1979) y las Edades Media y Moderna (Flandrin, 1981 -apoyada por la Iglesia Católica, como señalan, entre otros, Gondonneau, 1971 o Verdd, 1986, y como vemos en las propias encíclicas papales-), hasta nuestros días (Nicholson, 1984; Hendrick y Hendrick, 1992).

Así, por ejemplo, en nuestra sociedad actual, los hombres aprenden que su promiscuidad sexual es un signo del que jactarse, mientras que las mujeres aprenden que es un signo del que avergonzarse (no es necesario enumerar los epítetos con los que se suele calificar a las mujeres que, al igual que a mucho -o la mayoría- de los hombres, les gusta flirtear y tener relaciones con varias personas del sexo opuesto). De este modo, no es de extrañar que unos y otros desarrollen distintos papeles en sus relaciones amorosas y sexuales (Nicholson, 1984), como el tabú femenino de la promiscuidad (Robinson y cols., 1991), y el tabú masculino de la sensibilidad (Rubin, 1973). Por un lado, la promiscuidad femenina sigue estando peor vista que la masculina, no sólo entre los hombres sino también entre las propias mujeres (en Estados Unidos Robinson y cols., 1991; hecho corroborado en nuestro país por A.de Miguel, 1992). Por su parte, los hombres deben procurar no mostrarse sensibles en público, ni cariñosos, ni llorando, ni emocionados, pues aprenden desde niños que «eso son cosas de mujeres» (p.ej. Rubin, 1973).

La variabilidad transcultural en los roles amorosos y sexuales de hombres y mujeres, como los cambios producidos a raíz de la revolución industrial, fruto de la liberación económica y sexual de la mujer y de los avances técnicos en el terreno de las relaciones amorosas y sexuales (anticonceptivos, fecundación «in vitro», planificación familiar...etc), o los cambios en la conducta amoroso-sexual que está suponiendo la expansión del SIDA (Nicholson, 1984; Hendrick y Hendrick, 1992...etc), son factores que jugarían a favor de las tesis sociológicas sobre la génesis -o cuando menos sobre el mantenimiento y la vigencia actual- de tales diferencias de género. En este sentido, en su obra clásica, Beach y Ford (1951) señalan que existe una marcada tendencia a buscar relaciones sexuales fuera de la pareja en prácticamente todas las sociedades humanas, tanto en hombres como en mujeres, y que en culturas donde no existen presiones sociales contra la promiscuidad femenina, las mujeres inician las demandas sexuales con la misma frecuencia que los hombres. Ello apuntaría hacia factores adquiridos y no innatos como los responsables actuales de las diferencias aludidas.

En este sentido, M. Yela (1986, pp.32-33) recordaba que «las exigencias culturales perturban o eliminan el juego de la selección natural, p.ej. protegiendo al menos apto, o prefiriendo otros valores a la fertilidad de los más aptos. El desarrollo cultural sustituye cada vez más en el hombre a la evolución biológica. Ésta, aunque prosiga, es lenta (requiere cientos o miles de generaciones para consolidar la selección de una variante genética aleatoria). El desarrollo cultural es, por el contrario, intencional y relativamente rápido».

Valga todo lo comentado hasta ahora para afrontar con precaución y rigor este con demasiada frecuencia polémico área. Una vez comentadas las precauciones a tener en cuenta a la hora de interpretar las diferencias entre hombres y mujeres, y las posibles alternativas de explicación de las mismas, veamos cuáles son las principales conductas amorosas y sexuales en las que se han constatado diferencias sistemáticas, lo cual nos servirá de base (teórica en ocasiones y empírica en otras) a la hora de seleccionar las variables y formular las hipótesis a contrastar en nuestra investigación:

De entre todas ellas, *posiblemente la que goza de mayor apoyo empírico es la tendencia de hombres y mujeres a diferir en la concepción de la relación entre amor y sexo*. Son muchos los autores que han argumentado teóricamente -en algunos casos- y verificado empíricamente -en otros- que los hombres tienden a separar en mayor medida que las mujeres los deseos y conductas sexuales de los sentimientos y comportamientos amorosos -que es tanto como decir

que las mujeres tienden a concebir como más vinculadas las relaciones sexuales con las amorosas, de lo que lo hacen los hombres- (*Kinsey y cols.*, 1948, 1953; *Beach y Ford*, 1951; *Masters y Johnson*, 1966; *Eysenck*, 1970; *Byrne*, 1971; *Hite*, 1974; *Cook y Mc Henry*, 1978; *Fisher y Byrne*, 1978; *Foa y cols.*, 1987; *Hatfield y cols.*, 1988; *Hendrick y Hendrick*, 1986, 1988; *Clark y Hatfield*, 1989; *Buss y Schmitt*, 1993; y en nuestro país, por ejemplo, *Avia y cols.*, 1990; *Gil Calvo*, 1991; *Ochoa y Vazquez*, 1991).

Hobart (1979) apunta uno de los aspectos que refleja esa diferente relación entre amor y sexualidad entre uno y otro género (aunque en absoluto el único): un 35 % de los hombres, frente a un 70 % de las mujeres rechazaron los juegos sexuales previos (en inglés «petting») si no amaban a su pareja; y un 50 % de los hombres frente a un 85 % de las mujeres rechazaron las relaciones sexuales completas si no existía amor entre ambos miembros. Por otro lado, *S.del Campo* (1993) obtiene que cerca de la mitad de los varones, mientras que apenas un quinto de las mujeres, aceptan tener relaciones sexuales sin sentir amor hacia el otro. Por nuestra parte, en una investigación realizada junto a otros miembros del Departamento de Psicología Social de la UCM sobre una muestra representativa de la población española ($n = 1949$), hemos obtenido que aproximadamente un 30 % de los varones y un 60 % de las mujeres rechazan tener relaciones sexuales con una persona sin sentir amor hacia ella (*Jiménez Burillo et al.*, 1997; *Jiménez Burillo et al.*, en preparación). Finalmente, *Fisher* (en *Hendrick y Hendrick*, 1992) encontró que los sentimientos de amor por la pareja eran un buen predictor de los orgasmos femeninos (aunque ni mucho menos determinantes), mientras que no tenían ninguna relación con los orgasmos masculinos. Por su parte, *Bell y Weinberg* (1978) señalan que esa diferencia existe, e incluso acentuada, entre los homosexuales.

Esta diferencia esencial, ya sea debida a estrategias adaptativas evolutivamente adquiridas, a pautas de socialización diferenciales entre los sexos, o a la interacción de ambos factores, late en la base de muchas otras de las diferencias encontradas. Así, existe abundante evidencia empírica sobre diferencias en las principales *actitudes sexuales*:

Por una parte, los hombres tienden a manifestar una mayor *permisividad sexual* que las mujeres, como constatan, entre otros, *Bailey y cols.* (1987); *Hendrick y Hendrick* (1988); *Oliver y Hyde* (1993) -estos últimos, en un meta-análisis de 177 estudios sobre diferencias entre hombres y mujeres en actitudes y conductas sexuales, con una N total de 128.363 sujetos); y en nuestro país *Avia y cols.* (1990). Por otra parte, las mujeres tienden a manifestar una mayor actitud de «*comunidad sexual*», constructo que se refiere -como rezan los ítems que lo evalúan- a una concepción idealista de la sexualidad como la forma suprema de interacción humana: unión de dos almas, comunicación más íntima, intensa conciencia del otro... (*Hendrick y Hendrick*, 1988).

Igualmente, se han constatado diferencias respecto a la *fidelidad sexual*: las mujeres tienden a mostrar una *actitud* más favorable hacia la fidelidad sexual que los hombres (*Sternberg*, 1988; *Oliver y Hyde*, 1993; y en nuestro país *Avia y cols.*, 1990; *Carreño*, 1991; *Jiménez Burillo et al.*, 1997, y en preparación), y los hombres tienden a manifestar más *conductas* de infidelidad sexual (*Fraia*, 1991; *Fisher*, 1992; y en nuestro país *Carreño*, 1991; *Malo de Molina*, 1992; *Jiménez Burillo et al.*, 1997, y en preparación). O al menos eso es lo que unos y otros dicen (por motivos obvios no es posible obtener dichos datos a partir de la observación directa de la conducta). Naturalmente esto se refiere a la fidelidad sexual en general. Si analizáramos por separado -fidelidad propia vs. del otro-, probablemente obtendríamos que los hombres sí confieren importancia a la fidelidad, pero mucho más a la de su pareja que a la suya propia (este propósito ha sido incluido también en los objetivos de una próxima investigación ya en marcha).

Veamos algunos breves datos: En una muestra de italianos entre 40 y 50 años, un 60 % de hombres frente a un exiguo 2 % de mujeres habían sido alguna vez «infieles» a lo largo de su vida (*Fraia*, 1991). En muestras de diferentes edades, aproximadamente un 75 % de hombres y un 50 % de mujeres han sido «infieles» alguna vez (*Fisher*, 1992). En nuestro país,

Malo de Molina, (1992) constata a lo largo de 36 encuestas de más de 1.000 sujetos cada una, de diferentes edades, índices similares a los de la antropóloga americana: aproximadamente un 70 % de los hombres frente a un 50 % de las mujeres confiesan haber cometido alguna vez algún «episodio» de infidelidad sexual. Preguntados por episodios de infidelidad en la relación amorosa actual los índices descienden al 15 % los hombres y un 3.5 % las mujeres (casi una quinta parte de aquellos) (*Jiménez Burillo et al.*, 1997, y en preparación).

Relacionado con esto último, es aún mayor el número de investigadores que han confirmado sistemáticamente notables diferencias en el *deseo de promiscuidad sexual* -el deseo de tener relaciones sexuales con muchas personas distintas-, obteniendo que los hombres tienden a mostrar mayores deseos de promiscuidad sexual que las mujeres (*Kinsey y cols.*, 1948, 1953; *Beach y Ford*, 1951; *Eysenck*, 1970; *Trivers*, 1972; *Wilson y Nias*, 1976; *Fisher y Byrne*, 1978; *Wilson*, 1981; *Masters y cols.*, 1982; *Bailey y cols.*, 1987; *Hendrick y Hendrick*, 1988; *Fraia*, 1991; *Sagan y Druyan*, 1992; *Buss y Schmitt*, 1993; *Oliver y Hyde*, 1993; *Walsh*, 1993; y en nuestro país *Avia y cols.*, 1990; *Carreño*, 1991; *Malo de Molina*, 1992; *Jiménez Burillo et al.*, 1997, y en preparación).

Merece la pena destacar la investigación de *Clark y Hatfield*, (1989) por lo espectacular en la magnitud de las diferencias halladas: un cómplice experimental (hombre o mujer, según los casos) muy atractivo físicamente y totalmente desconocido para los sujetos, se acercaba al sujeto (que se encontraba solo) y tras una breve presentación, le halagaba y le hacía una proposición. Veamos las respuestas de los sujetos según el sexo de los mismos, y el tipo de proposición:

Porcentaje de sujetos que respondieron afirmativamente

A))Quieres salir conmigo esta noche?	50 % de los h.	50 % de las m.
B))Quieres venir a mi apartamento esta noche?	70 % de los h.	5 % de las m.
C))Quieres hacer el amor conmigo esta noche?	75 % de los h.	0 % de las m.

Mientras que el porcentaje de aceptaciones masculinas aumentaba cuanto más explícita y sexual fuera la invitación, con las mujeres sucedía todo lo contrario; ni una sola de ellas aceptó la proposición más directa, y prácticamente ninguna la intermedia.

Las distintas investigaciones sobre diferencias intergenéricas en el *estilo amoroso* coinciden en el resultado de que los hombres tienden a mostrarse más *lúdicos* que las mujeres (*Hatkoff y Lasswell*, 1979; *Bailey y cols.*, 1987; *Hendrick y Hendrick*, 1988; *Carreño*, 1991; *Walsh*, 1993; *Jiménez Burillo et al.*, 1997; *C.Yela*, 97-b), cosa que coincide con los comentados mayores deseos masculinos de promiscuidad e independencia (ya sea por roles y valores aprendidos o por imperativos ancestrales de carácter genético -o por ambos-).

Por otro lado, tanto en deseo como en conducta, los hombres tienden a mostrar una mayor frecuencia en la *variedad de las prácticas sexuales* que las mujeres (masturbación, fantasías sexuales promiscuas, sexo oral activo, sexo grupal, consumo de pornografía y de prostitución...etc) (*Kinsey y cols.*, 1948, 1953; *Beach y Ford*, 1951; *Fisher y Byrne*, 1978; *Masters y cols.*, 1982; *Oliver y Hyde*, 1993; y en nuestro país *Malo de Molina*, 1992). La conducta auto-erótica (masturbación), por otra parte, también es más frecuente en los machos de otras especies de primates y de otros mamíferos, entre los cuales es sumamente común, incluso en las situaciones en las que tienen fácil acceso al intercurso heterosexual (y no, como se ha solido pensar, como sustituto de éste) (*Beach y Ford*, 1951).

Otro dato de índole similar refleja que las mujeres tienden a mostrar una mayor *represión de su sexualidad* que los hombres (*Hobart*, 1979; *Masters y cols.*, 1982; *Robinson y cols.*, 1991; *Nichols*, 1992; y en nuestro país *Etxebarria*, 1989; *Avia y cols.*, 1990; *Malo de Molina*, 1992). El autor canadiense obtuvo índices sistemáticamente mayores en mujeres en el sentimiento de

culpa tras la primera experiencia sexual: casi un 75 % de las mujeres manifestaban tenerlo, con mayor o menor intensidad (Hobart, 1979).

En esta misma línea, parece suficientemente constatado que los hombres tienden a activarse fundamentalmente ante estímulos visuales, mientras que las mujeres tienden a activarse principalmente ante estímulos táctiles, imaginarios y/o leídos (Kinsey y cols., 1948, 1953; Gillan y Frith, 1979; Money, 1980; Masters y cols., 1982; y en nuestro país Carvajal y cols., 1990; Malo de Molina, 1992).

No existe acuerdo, sin embargo, respecto a si la pornografía resulta más activadora para los hombres que para las mujeres; diversas investigaciones así lo constatan (Kinsey y cols., 1948, 1953; Christensen y Gregg, 1970; Steele y Walker, 1976; Money, 1980), pero otras arrojan un curioso resultado: mientras que las mujeres decían excitarse mucho menos que los hombres ante estímulos sexuales explícitos (ya fueran videos o relatos pornográficos), no se encontraron diferencias significativas en los registros fisiológicos de excitación sexual (pletismógrafos de pene y vagina) (Sigusch y cols., 1976; Wincze y cols., 1977; Fisher y Byrne, 1978; Carvajal y cols., 1990). Esta disparidad entre juicios verbales y procesos fisiológicos fue manifiesta, por ejemplo, cuando las mujeres integrantes en el experimento señalaron que las escenas que más las habían excitado fueron las de una pareja haciendo el amor, mientras que los registros fisiológicos indicaban claramente que la máxima excitación había ocurrido ante las escenas de sexo oral y sexo grupal, totalmente relegadas en los juicios verbales (Wincze y cols., 1977). Quizá la represión de la promiscuidad femenina esté influyendo en los juicios verbales, o quizá la excitación fisiológica en las mujeres no sea tan decisiva como para los hombres a la hora de sentir una activación sexual subjetiva -o ambas cosas- (Hall y cols., 1985). Los autores españoles citan la T0 de Proyección-Objetivación (Money y Ehrhardt, 1972), respecto a la diferente reacción genérica ante los estímulos sexuales: ante una escena o relato sexual las mujeres tenderían a proyectarse o identificarse con la mujer, mientras que los hombres no se identifican con el hombre sino que, obviándole, perciben a la mujer como objeto de satisfacción sexual (Carvajal y cols., 1990); los propios autores verifican una hipótesis deducida de esta teoría: que ambos géneros se excitan más ante una escena o relato de masturbación femenina que masculina (de todos modos, ellos mismos ofrecen explicaciones alternativas).

Otra diferencia ampliamente contrastada es la que alude a los roles amorosos y sexuales, a saber, que los hombres tienden a desempeñar un «rol instrumental» y las mujeres un «rol expresivo» en las relaciones amorosas y sexuales. (Bem, 1974; Dickens y Perlman, 1981; Critelli y cols., 1986; Derlega y Winstead, 1986; Bailey y cols., 1987; Cancian, 1987; Hendrick y Hendrick, 1988, 1992; Sherrod, 1989; Fisher, 1992; y en nuestro país Vergara y Páez, 1989; Gil Calvo, 1991) Por «rol instrumental» suele entenderse el desempeño de conductas asertivas, directas, físicas, analíticas, centradas en la tarea, propósito o finalidad de la situación...etc, mientras que por «rol expresivo» suele entenderse el desempeño de conductas afectivas, emocionales, verbales, de intimidad, centradas en las relaciones personales, comunicativas...etc.

Hatfield y cols., (1988) preguntaron a sus sujetos qué es lo que deseaban de su pareja en las relaciones sexuales, obteniendo que los hombres tendían a desear mayores conductas específicamente sexuales (iniciativa, verbalizaciones sexuales, variedad de juegos eróticos...) mientras las mujeres tendían a desear expresiones afectivas y amorosas de su pareja (mayor lapso antes del coito, mayor tiempo de intimidad después del orgasmo, lenguaje sensible y amoroso, caricias...). A ello lo denominaron «orientación corporal» masculina vs. «orientación personal» femenina. Por su parte, Nardi, (1992) recalca cómo la expresividad afectiva y emocional entre los hombres se ve limitada por la «homofobia», que estigmatiza a su autor como «homosexual», mientras que la expresividad afectivo-emocional de los hombres se ve limitada por el «tabú de la ternura» (del que ya hemos hablado) que lo estigmatiza como «afeminado». Ambas cuestiones están estrechamente relacionadas con la aludida diferencia de roles en las relaciones interpersonales (y específicamente amorosas y sexuales): el rol instrumental masculino y el rol expresivo femenino.

Otros estudios han verificado que las mujeres tienden a emplear con mayor frecuencia que los hombres la comunicación no verbal positiva hacia su pareja (Altman, 1974); a percibir con más exactitud los sentimientos de su pareja (Hendrick y cols., 1988; Carreño, 1991; aunque Bueno, 1983 no halla diferencias significativas en este aspecto.); a utilizar con mayor frecuencia el llamado «chantaje emocional» (Gryl y cols., 1991); y a mostrar mayor comprensión que los hombres hacia las relaciones homosexuales, y mayor disponibilidad a tener una experiencia homosexual (Schmidt, en Carvajal y cols., 1990; Guasch, 1991) -posiblemente todo ello relacionado con el desempeño de un rol expresivo frente al rol instrumental y el «tabú de la sensibilidad» masculinos-.

También parecen existir ciertas diferencias en las *expectativas sobre la relación amorosa*. A tenor de los datos recogidos, las mujeres tienden a desear mayor intimidad en la relación de pareja (Sternberg, 1988); mayor romanticismo por parte de sus parejas (Carreño, 1991); mientras que los hombres tienden a desear un menor grado de compromiso con sus parejas, y algo más de independencia personal (Sternberg y Gajek, 1984; Sternberg, 1988; Carreño, 1991). A tenor de esas expectativas previas, resulta normal que a lo largo de la relación las mujeres tiendan a sentir un mayor *equilibrio entre el compromiso con la pareja y la independencia deseada* que los hombres, mientras que estos manifiestan mayores problemas para alcanzar ese delicado balance (Sternberg, 1988). Relacionado con esto, las mujeres tienden a mostrar mayor intensidad en el estilo amoroso «manía» que los hombres (estilo que denota un fuerte -¿excesivo?- apego hacia la pareja) (Hatkoﬀ y Lasswell, 1979; Bailey y cols., 1987; Hendrick y Hendrick, 1988; Walsh, 1993), cosa que concuerda con la mayor expectativa y demanda de compromiso en la pareja por parte de las mujeres, su más alta valoración de la fidelidad sexual, e incluso con su frecuentemente mayor dependencia económica de la pareja, (CIRES, 1992; A.de Miguel, 1993; S.del Campo, 1993; Jiménez Burillo, 1997; C.Yela, 1997-b).

Un área clásica -y no poco polémica- en la que también se han hallado ciertas diferencias entre géneros es la concerniente a las *características más valoradas en el otro miembro de la pareja*:

Sin duda, la que cuenta con mayor respaldo empírico es la que señala que los hombres tienden a conferir mayor importancia al *atractivo físico* de sus parejas que las mujeres (Byrne, 1971; Stroebe y cols., 1971; Wilson y Nias, 1976; Sternberg y Grajek, 1984; Buss y Barnes, 1986; Buss, 1988, 1989; Feingold, 1990; Buss y Scmitt, 1993; Jiménez Burillo et al., 1997). Davis y Strube, (1993) obtuvieron un dato revelador: entre los hombres, el atractivo físico percibido en la pareja correlacionaba positivamente con los sentimientos de compromiso hacia ella, pero no así en mujeres (en quienes el compromiso con su pareja era independiente del atractivo físico de ésta). Carreño (1991) refrenda en nuestro país el resultado obtenido por Byrne (1971), que indica que la correlación entre el atractivo físico percibido en la pareja y el atractivo general atribuido a la misma, es significativamente mayor en hombres que en mujeres; esto es, los hombres tienden a conferir más importancia al atractivo físico a la hora de evaluar el atractivo general de sus parejas.

Por otro lado, parece que los hombres tienden a conferir mayor importancia que las mujeres al *erotismo* (Wilson y Nias, 1976) y a la *juventud* de sus parejas (Buss, 1989; Buss y Shmitt, 1993), así como mayor importancia a la *feminidad* de las mujeres que éstas a la *masculinidad* de aquellos (Carreño, 1991). Estos datos han sido contrastados en una reciente investigación, fundamentalmente en lo que se refiere a relaciones «a corto plazo» (Jiménez Burillo et al, 1997). Por su parte, según los datos recogidos, las mujeres tienden a conferir mayor importancia que los hombres al *poder adquisitivo* de sus parejas (Wilson y Nias, 1976; Buss y Barnes, 1986; Buss, 1989). Este último autor verificó este dato en 32 de las 37 sociedades analizadas en un macro-estudio transcultural, aunque curiosamente nuestro país constituyó una de las cinco excepciones (Buss, 1989).

En donde existe cierta controversia empírica es respecto a la importancia atribuida a la *inteligencia* de la pareja: así, *Carreño* (1991) encuentra que es un aspecto más valorado por las mujeres en sus parejas, que por Estos en las mujeres, mientras que otros autores han constatado que las diferencias en la importancia conferida a la inteligencia no son significativas a la hora de mantener una relación amorosa, pero sí a la hora de aceptar una relación sexual esporádica: en ese caso los hombres tienden a mostrar un criterio de selección mucho más laxo, sin importarles en absoluto la inteligencia de su pareja sexual (*Kenrick y Trost*, 1989).

Por último, los celos constituyen otra dimensión del comportamiento amoroso en la que se han constatado diferencias entre uno y otro género. Así, parece que los hombres tienden a sentirse más celosos ante la infidelidad sexual de su pareja que ante una relación sentimental especial -no sexual- de ésta con otro hombre (*celos sexuales*), mientras que las mujeres tienden a sentirse más celosas ante una relación sentimental de su pareja con otra mujer que ante un episodio de infidelidad meramente sexual (*celos emocionales*) (*Mathes y Severa*, 1981; *Fisher*, 1992; *Buss y Schmitt*, 1993; *Wiederman y Allgeier*, 1993). *Buss y cols.*, (1992) constataron que el 60 % de los hombres decían «preferir» (es decir, soportar mejor) la infidelidad emocional a la sexual, mientras que apenas un 15 % de las mujeres optaron por esa opción: el 85 % de ellas prefería sufrir infidelidad meramente sexual a una infidelidad emocional (no sexual). Un segundo estudio, con técnicas psicofisiológicas, reveló una mayor aceleración cardiaca, conductancia dérmica y fruncimiento del ceño ante la imaginación de infidelidad sexual de sus parejas en los hombres, y ante la infidelidad emocional en las mujeres (*Buss y cols.*, 1992).

Pero no podemos concluir esta introducción sin hacer mención de una variable que, a juicio de muchos autores (*Mead*, 1935; *Bem*, 1974; *Schwartz*, 1979; *Nicholson*, 1984; *Coleman y Ganong*, 1985; *Bailey y cols.*, 1987; *Kelley y Rolker-Dolinsky*, 1987; *Vergara y Páez*, 1989; *Carvajal y cols.*, 1990...etc), es la verdadera variable relevante en este área: el *rol de género*. Siguiendo a *Bem* (1974), ya no se trata de la clásica dimensión bipolar, sino que en función de la posesión de un número mayor o menor de las características que definen las dimensiones de masculinidad (m.) y feminidad (f.), una persona puede desempeñar un rol masculino (alto en m. y bajo en f.), femenino (bajo en m. y alto en f.), andrógino (alto en ambas dimensiones), o indiferenciado (bajo en ambas). Cada individuo se adscribirá a un rol de género determinado, a través del proceso de socialización, por lo que las diferencias entre unos y otros dependerían más de factores aprendidos socialmente que de factores biológicos innatos.

Para los mencionados autores no hay una correspondencia unívoca entre sexo y rol de género: ni todos los hombres desempeñan un rol masculino, ni todas las mujeres femenino. Tampoco la hay entre rol de género y orientación sexual, a pesar del extendido estereotipo que identifica en hombres lo masculino con heterosexual y lo femenino con homosexual (gay), y en mujeres masculino con homosexual (lesbiana) y femenino con heterosexual. Entre sexo (hombres y mujeres), rol de género (masculino, femenino, andrógino e indiferenciado) y orientación sexual (heterosexual, gay, lesbiana, bisexual) caben -y de hecho se dan- todas las combinaciones posibles (*Guasch*, 1991; *Nardi*, 1992). Según estos autores quizá resulte más fructífero y oportuno, de cara a la comprensión del fenómeno estudiado, la búsqueda de similitudes y diferencias en el comportamiento amoroso y sexual entre los cuatro tipos de roles de género, más que entre los dos tipos de género biológico (esto es defendido con especial énfasis por *Nicholson*, 1984; y *Coleman y Ganong*, 1985).

Así, se han constatado muchas de las diferencias aludidas anteriormente, entre sujetos masculinos vs. femeninos, y parece que las personas con un rol sexual rígido tradicional (masculino o femenino) tienden a tener más problemas en su relación y a estar menos satisfechos (*Nicholson*, 1984; *Coleman y Ganong*, 1985; *Bailey y cols.*, 1987), mientras que las personas andróginas (que combinan características tradicionalmente consideradas como masculinas con otras clásicamente juzgadas como femeninas) tienden a aparecer generalmente en un punto óptimo: más flexibles, saludables (*Bem*, 1974), capaces de amar (*Schwartz*, 1979), adaptados

(Nicholson, 1984), conscientes, expresivos, y tolerantes -todo ello respecto a la relación amorosa- (Coleman y Ganong, 1985).

No obstante su reconocida importancia, es un terreno donde existe aún poca evidencia firme, y con ciertos problemas metodológicos y conceptuales -que atañen al propio constructo de «rol de género»-; por otro lado nuestro estudio empírico hubo de centrarse necesariamente en un número limitado (ya de por sí bastante amplio) de variables. El análisis detenido de la influencia del rol de género sobre la conducta amorosa y sexual requiere un artículo propio, que será abordado en otro momento.

Hipótesis

Teniendo presente todo lo expuesto hasta aquí, vamos a señalar, de forma ordenada y esquemática, cuáles fueron las principales hipótesis que tratamos de verificar, y de que fuente provenían (las referencias concretas acaban de ser ofrecidas, por lo que no parece oportuno repetirlas de nuevo aquí; «h.» significa «hombres» y «m.» mujeres).

TABLA I.- Hipótesis

<p><i>Diferencia básica 1: Mayor separación sexo-amor en hombres</i></p> <p><i>Hipótesis 1.1: los h. manifestarán mayor permisividad sexual</i> <i>Hip 1.2: las m. mostrarán una mayor actitud de «comunidad sexual»</i> <i>Hip 1.3: las m. revelarán una actitud más favorable hacia la fidelidad sexual</i> <i>Hip 1.4: los h. presentarán un mayor número de episodios de infidelidad sexual</i></p> <p><i>Diferencia básica 2: Mayor deseo de promiscuidad sexual en hombres</i></p> <p><i>Hip 2.1: los h. revelarán (en deseo y conducta) una mayor variedad de conductas sexuales</i> <i>Hip 2.2: en los h. existirá una mayor relación entre relaciones abiertas y satisfacción sexual</i> <i>Hip 2.3: en h. existirá una mayor relación inversa entre duración de la relación y satisfacción sexual</i> <i>Hip 2.3: en h. existirá una mayor relación inversa entre duración de la relación y pasión erótica</i></p> <p><i>Diferencia básica 3: Rol instrumental en hombres y rol emocional en mujeres</i></p> <p><i>Hip 3.1: las m. percibirán mayor equilibrio entre el compromiso adquirido y la independencia deseada</i> <i>Hip 3.2: en los h. existirá una mayor relación entre dicho equilibrio y la satisfacción amorosa y sexual</i></p> <p><i>Diferencia básica 4: Mayor importancia del atractivo físico del otro (AFO) para los hombres</i></p> <p><i>Hip 4.1: en los h. existirá una mayor relación entre AFO y la intensidad de los componentes del amor</i> <i>Hip 4.2: en los h. existirá una mayor relación entre el AFO y su satisfacción amorosa y sexual</i></p> <p><i>Diferencia básica 5: Celos sexuales en hombres y celos emocionales en mujeres</i></p> <p><i>Hip 5.1: en los h. existirá una mayor relación inversa entre celos sexuales y satisfacción amorosa</i> <i>Hip 5.2: en las m. existirá una mayor relación inversa entre celos emocionales y satisfacción amorosa</i></p>

Método

Sujetos

La muestra definitiva estuvo compuesta por 412 personas implicadas en una relación amorosa (del tipo y duración que fuere). Se trata de una muestra bastante equilibrada según el género (54 % de mujeres) y compuesta por universitarios en su gran mayoría menores de 25 años (con una media de 22.9 años, de clase media (91 %), solteros (92 %), que llevan un promedio de 2.9 años con su pareja, no viven con ella (88 %), no son económicamente independientes (casi un 68 %), y no tienen hijos (97%). Respecto a la ideología política, aproximadamente el 50 % se consideran de izquierdas, un 25 % de centro, y el otro 25 % restante de derechas. Por último, en cuanto a la ideología religiosa, aproximadamente un 55 % se muestra en contra de la iglesia católica, un 25 % intermedio, y el 20 % restante a favor.

Instrumentos

A continuación ofrecemos una lista de los principales constructos y variables seleccionadas en la investigación, y la forma en que han sido evaluadas:

TABLA II.- Variables evaluadas en nuestra investigación

Constructo	Variable	Evaluación
Componentes del amor	Pasión Erótica	15 ítems (vid. C.Yela, 1995)
	Pasión Romántica	15 ítems («)
	Intimidad	15 ítems («)
	Compromiso	15 ítems («)
Satisfacción	Satisfacción amorosa	7 ítems (Hendrick, 1988)
	Satisfacción sexual	1 ítem
Fidelidad sexual	Actitud hacia la fidelidad	1 ítem
	Conducta de infidelidad	1 ítem
Celos	Celos sexuales	1 ítem
	Celos emocionales	1 ítem
Actitudes sexuales	Permisividad sexual	5 ítems (Hendrick y Hendrick, 1987)
	Comunión sexual	5 ítems («)
Conducta sexual	Variación de conductas	8 ítems (elaborados al efecto)
	Frecuencia con la pareja	1 ítem
Otras vv. subjetivas	Equilibrio Comp-Indep	1 ítem
	Atractivo físico del otro	1 ítem
Otras vv. objetivas	Duración de la relación	1 ítem
	Tipo de relación	1 ítem
Variables sociodemográficas	Las mencionadas al describir la muestra: sexo, edad, clase social...	

Cada uno de los cuatro componentes o dimensiones básicas del amor es evaluado por 15 ítems en escala tipo Likert, con 5 alternativas de respuesta, en función del grado de acuerdo-desacuerdo con el enunciado del ítem. Los 60 ítems que suman en total, provenientes de diversas escalas al uso en la literatura especializada (Hatfield y Sprecher, 1985; Critelli y cols., 1986; Sternberg, 1988; y Fraia, 1991) fueron distribuidos al azar dentro del cuestionario (vid. C.Yela, 1995).

La satisfacción amorosa fue evaluada por la escala de *Hendrick* (1988), que consta de 7 ítems en forma interrogativa, que evalúan intensidad en una escala del 1 al 5 (en lugar de acuerdo, como es corriente en las escalas tipo Likert). La satisfacción sexual fue evaluada mediante un ítem directo elaborado al efecto.

La conducta de infidelidad fue evaluada mediante un ítem elaborado por nosotros, con 3 alternativas de respuesta en función de la frecuencia de «infidelidad» sexual durante el último año. La actitud hacia la fidelidad también fue evaluada mediante un ítem elaborado por nosotros, en formato Likert, con 5 alternativas de respuesta en función del grado de acuerdo con el contenido del ítem. Se separó ambos ítems en el espacio para tratar de eliminar la influencia de una respuesta sobre la otra.

Ambos tipos de celos (sexuales y emocionales) fueron evaluados mediante sendos ítems, en formato Likert, con 5 alternativas de respuesta.

Las actitudes sexuales (Permisividad y «Comunión») son evaluadas por los 5 ítems de mayor peso factorial de sendas escalas de *Hendrick* y *Hendrick* (1987). El formato de respuesta será también de 5 alternativas, evaluando el grado de acuerdo.

Respecto a la conducta sexual, elaboramos ocho ítems para evaluar lo que venimos denominado «variedad de la conducta sexual», que alude a diversos aspectos de la sexualidad distintos a la conducta de relación sexual «estándar» con la pareja -coito vaginal, aunque el término «estándar» es, desde luego, muy relativo- (masturbación, empleo de materiales pornográficos, fantasías sexuales promiscuas, sexo oral, anal y grupal). Cada uno de ellos presentaba 5 alternativas de respuesta (en función de la frecuencia con que se llevara a cabo la conducta sexual a la que se refería el ítem). Calculamos la variable, «variedad de la conducta sexual» como la media de los 8 ítems mencionados. Por su parte, la frecuencia de relaciones sexuales con la pareja fue evaluada mediante un ítem con 4 alternativas.

El «equilibrio Compromiso-Independencia» (grado de equilibrio percibido entre el compromiso adquirido con la pareja y la independencia personal deseada) fue evaluado con un ítem de formato Likert, con 5 alternativas, mientras que el atractivo físico percibido en el otro miembro se evaluó mediante un ítem directo que requería del sujeto la calificación subjetiva entre 1 (mínima) y 5 (máxima) de su pareja.

La duración de la relación se le preguntaba directamente a los sujetos (en años y meses) y el tipo de relación fue evaluado con un ítem de dos alternativas mutuamente excluyentes que se correspondían con las denominadas relaciones abiertas (con libertad para mantener relaciones sexuales con otras personas) vs. cerradas (relaciones tradicionales ->«normales» estadísticamente hablando-, con prohibición, más o menos explícita, de mantener relaciones sexuales o especialmente íntimas con otras personas).

Por último, se evaluaron una serie de variables socio-demográficas con preguntas directas, sobre sexo, edad, clase social, nivel de estudios, estado civil, convivencia en pareja, independencia económica, número de hijos, orientación sexual, y actitudes generales hacia la política y la iglesia católica, que son las empleadas al describir la muestra -más arriba-.

Procedimiento

Los cuestionarios fueron cumplimentados, de forma voluntaria, por alumnos de Psicología y Trabajo Social de la U.C.M. El investigador se aseguró de que todos los sujetos comprendieran las instrucciones de cumplimentación, trabajaran sin prisa, y no comentaran sus respuestas con otros compañeros, asegurando asimismo el anonimato.

Técnicas de análisis de datos

Dada la distinta naturaleza de las variables manejadas y de las hipótesis a contrastar, llevamos a cabo diversos tipos de análisis de datos: diferencias de medias, diferencias entre

correlaciones, análisis de regresión por sexos, y análisis temporales por sexos, para lo cual empleamos el programa S.P.S.S - 6.1.2 para Windows 3.11.

Resultados

1) En primer lugar realizamos una prueba de *diferencia de medias* entre todas las variables. A continuación se exponen las variables en las que existían resultados significativos (* indica $p < .10$; ** indica $p < .05$; y *** indica $p < .01$); entre paréntesis figura la puntuación media obtenida por los hombres (con rango 1-5, excepto la infidelidad 1-3), y a continuación la obtenida por las mujeres, en cada variable:

TABLA III.- Diferencias de medias significativas

Hombres > Mujeres	Mujeres > Hombres
- Conducta de infidelidad sexual (1.46/1.20) ***	- Actitud hacia la fidelidad (4.03/4.30)**
- Permisividad sexual (2.84/2.18) ***	- Comunión sexual (3.91/4.14) ***
- Variedad de la conducta sexual (2.06/1.61) ***	- Equilibrio C-Independencia (3.87/4.04) *
- Atractivo físico del otro (3.88 / 3.64) ***	

En el resto de las variables no existían diferencias significativas en las puntuaciones medias.

2) Posteriormente, calculamos la significación estadística de las *diferencias entre las correlaciones* obtenidas en hombres y en mujeres en las variables sobre las que se predijeron diferencias. A continuación se exponen las variables en las que existían resultados significativos (* indica $p < .10$; y ** indica $p < .05$); entre paréntesis figura la correlación obtenida en hombres y a continuación la obtenida por las mujeres, entre dichas variables:

TABLA IV.- Diferencias entre sexos en las correlaciones

Hombres > Mujeres	Mujeres > Hombres
- r inversa Duración relac. - Sat.sexual (-.17/.00) **	- r inv. Celos emoc - Sat.amor (-.05/-.23) **
- r inversa Duración relac. - P.Erótica (-.18 / .00) **	
- r Atractivo físico del otro - PR (.45 / .31) *	
- r Atractivo físico del otro - I (.32 / .17) *	
- r Equilibrio «Comp-Indep» - Sat.sexual (.28 / .15) *	

3) En tercer lugar, y dado que consideramos las variables relativas a la «satisfacción» como especialmente importantes (al fin y al cabo el fin último de toda empresa humana, incluido -por supuesto- la investigación científica, es el de tratar de incrementar de alguna forma y en alguna medida la satisfacción -ya la propia y/o la de los demás-), realizamos sendos *análisis de regresión* (método «stepwise») sobre la satisfacción amorosa y sexual en hombres y mujeres -por separado-. A continuación exponemos los resultados finales obtenidos.

TABLA V.- Análisis de regresión de la satisfacción amorosa

<i>EN HOMBRES:</i>					
R Múltiple		.82182			
R al Cuadrado		.67539			
R al Cuadrado ajustada		.66205			
Error típico		.32160			
Análisis de Varianza					
		GL		SC	MC
Regresión		6		31.41744	5.23624
Residual		146		15.09984	.10342
F =	50.62909		Signif F =	.0000	
----- Variables en la Ecuación -----					
Variable	B	SE B	Beta	T	Sig T
COMPROMISO	.28531	.05575	.38288	5.118	.0000
INTIMIDAD	.28896	.07982	.26870	3.620	.0004
SATIS.SEX	.12574	.02981	.21781	4.218	.0000
EQ.COMP-INDEP	.08173	.02975	.14619	2.747	.0068
PERMISIV.SEX	-.07087	.02790	-.14224	-2.540	.0121
CELOS SEX	-.05179	.01971	-.13301	-2.627	.0095
(Constante)	1.25932	.28355		4.441	.0000
<i>EN MUJERES:</i>					
R Múltiple		.81353			
R al Cuadrado		.66183			
R al Cuadrado ajustada		.64891			
Error típico		.33530			
Análisis de Varianza					
		GL		SC	MC
Regresión		6		34.54543	5.75757
Residual		157		17.65106	.11243
F =	51.21157		Signif F =	.0000	
----- Variables en la Ecuación -----					
Variable	B	SE B	Beta	T	Sig T
COMPROMISO	.22291	.06458	.30972	3.452	.0007
INTIMIDAD	.26082	.06166	.28298	4.230	.0000
P.ROMÁNTICA	.18425	.07064	.21808	2.608	.0100
CELOS GRALES	-.09301	.02102	-.21602	-4.426	.0000
SATIS.SEX	.09372	.03366	.13592	2.784	.0060
(Constante)	.81976	.26932		3.044	.0027

TABLA VI.- Análisis de regresión de la satisfacción sexual

<i>EN HOMBRES:</i>					
R Múltiple		.58815			
R al Cuadrado		.34592			
R al Cuadrado ajustada		.32824			
Error típico		.78541			
Análisis de Varianza					
		GL		SC	MC
Regresión		4		48.28402	12.07101
Residual		148		91.29768	.61688
F =	19.56795		Signif F =	.0000	
----- Variables en la Ecuación -----					
Variable	B	SE B	Beta	T	Sig T
SATIS.AMOR	.78931	.12390	.45566	6.371	.0000
FREC.REL.SEX	.32188	.08203	.27180	3.924	.0001
DURACION REL.	-.05754	.02237	-.17216	-2.572	.0111
RELAC. CERRADA	-.35008	.18536	-.13329	-1.889	.0409 (Cons-
tante)	.91102	.52297		1.742	.0836
 <i>EN MUJERES:</i>					
R Múltiple		.55319			
R al Cuadrado		.30602			
R al Cuadrado ajustada		.27950			
Error típico		.69658			
Análisis de Varianza					
		GL		SC	MC
Regresión		6		33.59329	5.59888
Residual		157		76.18110	.48523
F =	11.53861		Signif F =	.0000	
----- Variables en la Ecuación -----					
Variable	B	SE B	Beta	T	Sig T
SATIS.AMOR	.56031	.10000	.35130	5.603	.0000
P.ERÓTICA	.37584	.08455	.30533	4.445	.0000
FREC.REL.SEX	.24285	.07238	.22948	3.355	.0010
CELOS GRALES	-.10155	.04248	-.16262	-2.391	.0180
AC.IGLESIA	-.10799	.05179	-.14756	-2.085	.0387
(Constante)	1.01738	.59811		1.701	.0909

4) Por último, dado que las variables relacionadas de forma diferente en uno y otro sexo con la duración de la relación (en el caso de nuestras hipótesis la satisfacción sexual y la pasión erótica), son pobremente evaluadas mediante meras correlaciones lineales, llevamos a cabo análisis sobre la *evolución temporal* de la intensidad de tales variables a lo largo de la relación, tanto en hombres como en mujeres. Qué duda cabe que para ello lo más adecuado hubiera sido contar con una estrategia longitudinal, que abarcase decenas de años, pero dados los medios disponibles ello no fue posible en esta ocasión (esperamos poder realizarlo en un futuro). Por tanto, establecimos determinados «cortes» en la variable «duración de la relación» (ver tabla VII), y calculamos las gráficas de la evolución temporal (ver figuras 1 y 2) en función de la intensidad media de la satisfacción sexual (tabla VIII) y de la pasión erótica (tabla IX) a lo largo de las distintas etapas de la relación, para uno y otro sexo.

TABLA VII.- Índices descriptivos de la «duración de la relación» según los «cortes temporales» aplicados

DURACIÓN DE LA RELACIÓN					
Categoría	Media (aprox) Duración	n	%	% Acum.	Media Edad
MENOS DE DOS MESES	0.1 años	30	7.3	7.3	20.7
ENTRE 2 MESES Y 1 AÑO	0.5 años	99	24.0	31.3	21.2
ENTRE 1 Y 3 AÑOS	2 años	145	35.2	66.5	22.1
ENTRE 3 Y 5 AÑOS	4 años	70	17.0	83.5	23.3
ENTRE 5 Y 7 AÑOS	6 años	34	8.3	91.7	25.9
MAS DE 7 AÑOS	10 años	34	8.3	100.0	29.0
TOTAL	412	100.0	100.0		
Media Casos válidos	2.914 412			Desviación típica Casos no válidos	2.945 0

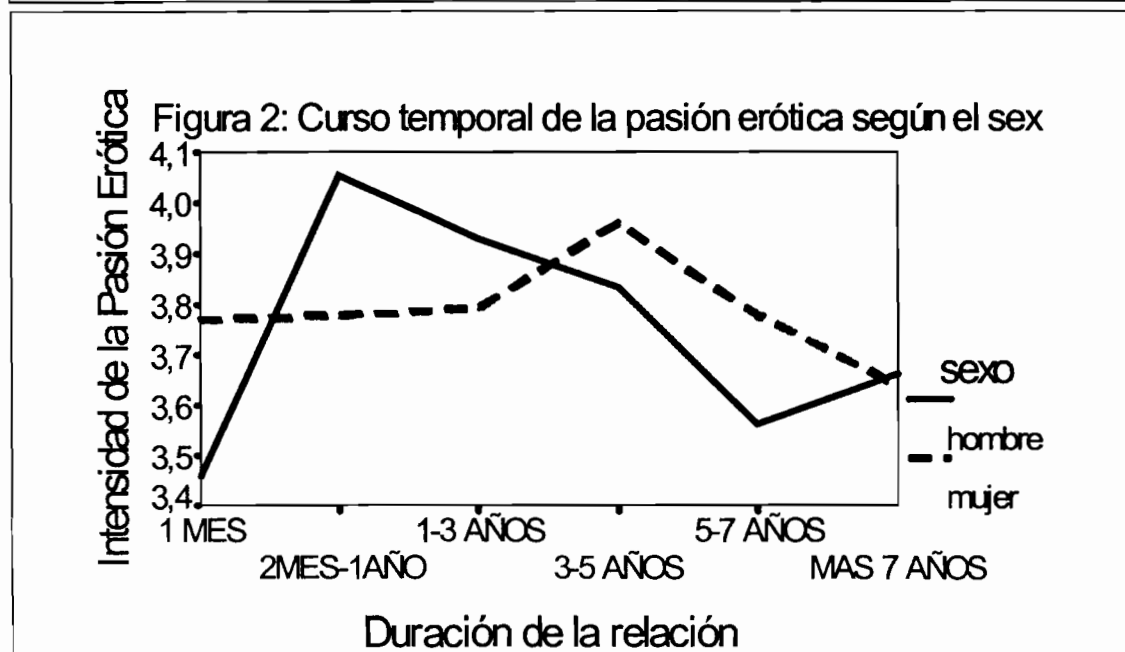
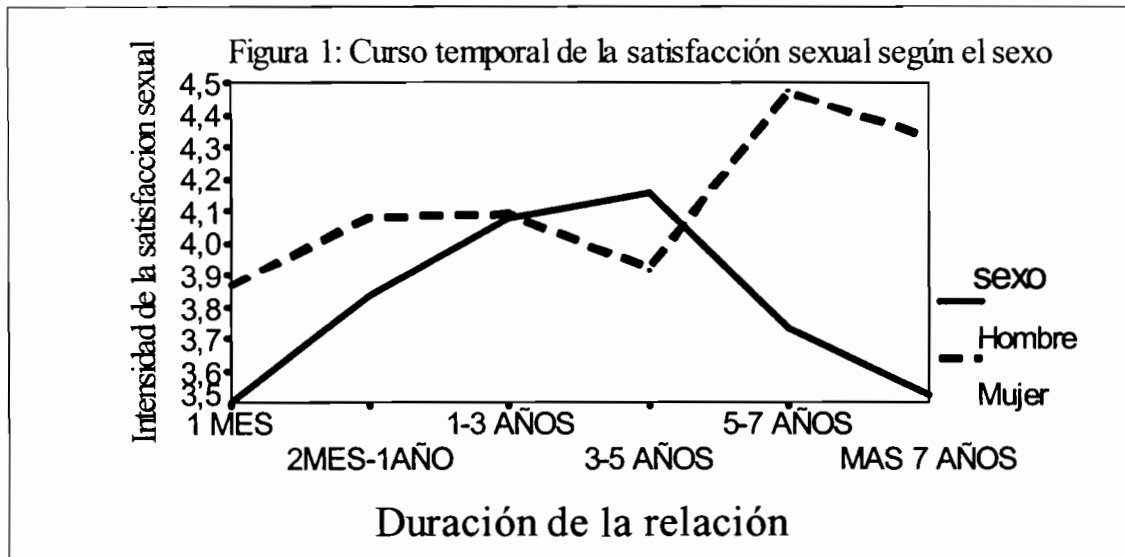
TABLA VIII.- Puntuaciones medias en satisfacción sexual a lo largo de la relación amorosa

EN HOMBRES:		EN MUJERES:	
Duración media	Media de Sat.sex	Duración media	Media de Sat.sex
0.1 AÑOS	3,5000	0.1 AÑOS	3,8667
0.5 AÑOS	3,8333	0.5 AÑOS	4.0820
2 AÑOS	4,0800	2 AÑOS	4,0909
4 AÑOS	4,1563	4 AÑOS	3.9211
6 AÑOS	3,7333	6 AÑOS	4.4706
10 AÑOS	3,5263	10 AÑOS	4.3333

Las diferencias entre ambos sexos son significativas a partir del corte temporal correspondiente al promedio de 4 años de relación -excluido- ($p < .01$).

TABLA IX.- Puntuaciones medias en Pasión Erótica lo largo de la relación amorosa

EN HOMBRES:		EN MUJERES:	
Duración media	Media de P.Erótica	Duración media	Media de P.Erótica
0.1 AÑOS	3.4583	0.1 AÑOS	3.7714
0.5 AÑOS	4.0552	0.5 AÑOS	3.7789
2 AÑOS	3.9315	2 AÑOS	3.7938
4 AÑOS	3.8354	4 AÑOS	3.9611
6 AÑOS	3.5644	6 AÑOS	3.7804
10 AÑOS	3.6630	10 AÑOS	3.6429



Discusión y conclusiones

Contrastación de hipótesis

Hipótesis 1.1: los hombres manifestarán una actitud de mayor permisividad sexual que las mujeres

Efectivamente, constatamos cómo tal aspecto continúa vigente en nuestro país (cuando menos en nuestra muestra). Como se observa en la tabla III, la media de la permisividad sexual de los varones se aproxima a 3 (2.84 sobre 5) mientras que la de las mujeres apenas sobrepasa el 2 (2.18 exactamente). La diferencia es significativa ($p < .01$) y de notable magnitud. De hecho es la variable que presenta la mayor magnitud en la diferencia entre ambos sexos. Dentro de la variable, los ítems en que existe mayor diferencia son los que aluden a la consideración de las relaciones sexuales de una noche como divertidas (3.20 vs. 2.21) y al deseo de tener relaciones sexuales con muchas personas distintas (2.44 vs. 1.66). Lógicamente siempre cabe preguntarse si, tanto desde los postulados evolutivos como desde los de la socialización, dicha diferencia no debía ser aún mayor. Mientras las condiciones sociales y los roles sexuales cambian paulatinamente, las diferencias parecen mantenerse en cierta medida. Habría que preguntarse hasta qué punto es cierto que han cambiado los roles sexuales, y hasta qué punto es cierto que no están disminuyendo -siquiera levemente- las diferencias en las pautas amoroso-sexuales de hombres y mujeres. Ambas preguntas tienen difícil contestación, y a ello trata de colaborar la presente investigación. En cualquier caso la diferencia existe, es significativa (con un muy alto nivel de confianza), es de notable magnitud, y no podemos obviarla.

Hipótesis 1.2: las mujeres mostrarán una mayor actitud de «comunidad sexual» que los hombres

Nuevamente comprobamos en la tabla III que así es. La puntuación media de los hombres es de 3.91 mientras que la de las mujeres asciende al 4.14. Aunque la magnitud de la diferencia no parece muy grande lo cierto es que resulta estadísticamente significativa ($p < .01$), y también, desde luego, psicológicamente significativa (no en vano resulta de una hipótesis -como el resto- derivada de teorías y datos recogidos en la literatura especializada). Además cabe decir que existen diferencias significativas ($p < .01$) en todos los ítems de la escala de comunidad sexual (siempre con una puntuación mayor en mujeres). Así pues, parece que las mujeres continúan manteniendo (¿en menor medida que antes? no está tan claro) una concepción de la sexualidad más idealista, menos exclusivamente física, y más ligada a los sentimientos afectivos y amorosos.

Hipótesis 1.3: las mujeres revelarán una actitud más favorable hacia la fidelidad sexual que los hombres

Los datos recogidos también permiten confirmar esta hipótesis. En la tabla III se recoge la diferencia significativa entre la puntuación media de los hombres (4.03) y la de las mujeres (4.30). Siendo esto insoslayable, hay que apuntar, por un lado, que el nivel de confianza en este caso se reduce al 95 %, y por otro, más importante, que incluso en el grupo que obtiene una puntuación menor (los hombres) dicha puntuación media es bastante elevada. Ello indica que ambos sexos valoran en gran medida la fidelidad sexual en la pareja, tal y como reflejan otros estudios en nuestro país (Martín Serrano, 1991; CIREs, 1992; De Miguel, 1992; Malo de Molina, 1992; Jiménez Burillo et al., 1997), aunque parece que aún más las mujeres. Quizá puede parecer sorprendente habida cuenta de la juventud de la muestra, con una media que ronda los 23 años de edad, pero no son pocos los estudios que vienen apuntando la vigencia de un

mayor conservadurismo entre las nuevas generaciones juveniles (p.ej. el propio *De Miguel*, 1992).

Hipótesis 1.4: los hombres presentarán más episodios de infidelidad sexual que las mujeres

Nuevamente la diferencia predicha aparece entre las -escasas, por cierto- diferencias significativas encontradas (tabla III), obteniendo medias de 1.46 (en este caso sobre una puntuación máxima de 3) en hombres vs. 1.20 en mujeres ($p < .01$). En términos de porcentajes, aproximadamente un 25 % de hombres frente a un 12 % de mujeres -la mitad- manifestaban haber tenido relaciones sexuales con otra persona distinta a su pareja *durante los últimos 12 meses*. Nuevamente, y como siempre, cabe preguntarse si, a pesar de ser estadísticamente significativa, la magnitud de la diferencia debe considerarse como grande, mediana o pequeña. En este caso quizá sea mayor de lo que parece, dado que el rango de la variable es tan solo de 1 a 3. El hecho de que los porcentajes de infidelidad sean en ambos sexos menores de los obtenidos por otros autores se debe en buena parte a que estos últimos se refieren a episodios de infidelidad ocurridos a lo largo de la vida mientras que nuestro cuestionario interrogaba exclusivamente por la infidelidad ocurrida en el último año de la actual relación (por otro lado también podrían influir en ello algunas características específicas de nuestra muestra, como su mencionada juventud, o el hecho de llevar la mayoría de ellos muy poco tiempo en su relación amorosa).

En definitiva, nuestros datos ofrecen cierto apoyo empírico a las hipótesis del primer bloque (hipótesis 1.1 a 1.4), confirmando la vigencia de una mayor separación entre sexo y amor por parte de los hombres (o de una mayor unión entre sexo y amor por parte de las mujeres, como se prefiera).

Hipótesis 2.1: los hombres revelarán una mayor variedad de conductas sexuales (en deseo y conducta)

Una vez más puede apreciarse en la tabla III la existencia de diferencias significativas ($p < .01$) entre la «variedad de la conducta sexual» de hombres (2.06) y la de las mujeres (1.61). Y esto tanto en deseos (p.ej. respecto a las fantasías sexuales: 2.55 vs. 1.89) como en conductas (p.ej. respecto al autoerotismo o masturbación: 2.94 vs. 1.99 -un 70 % de hombres vs. un 30 % de mujeres dicen practicarlo habitualmente, mientras que un 10 vs. un 40 % señalan no haberlo practicado nunca). La magnitud de las diferencias es mayor que en ninguna otra variable, exceptuando la actitud de permisividad sexual (estrechamente relacionada con ella).

Hipótesis 2.2: en los hombres existirá una mayor relación entre relaciones abiertas y satisfacción sexual que en las mujeres

Mientras que no existen diferencias significativas en los coeficientes de correlación (de Spearman, ya que una de las variables no es de intervalos) «tipo de relación - satisfacción sexual» entre hombres y mujeres, sí aparece un resultado importante en los análisis de regresión diferenciales (ver tabla VI) que apunta en la dirección de la mencionada hipótesis:

En la ecuación correspondiente al análisis de regresión de la satisfacción sexual de los hombres, de entre todas las variables evaluadas en nuestra investigación (ver tabla II), tan solo aparecen cuatro variables, y una de ellas, con signo negativo, es precisamente la que alude a las relaciones cerradas tradicionales (en las que hay una obligación mutua -en ocasiones explícita y en otras muchas tácita- de no mantener nunca relaciones sexuales de ningún tipo,

ni una fuerte implicación emocional, con ninguna otra persona que no sea la propia pareja). Ello indica que uno de los mejores predictores de insatisfacción sexual en hombres son las relaciones cerradas; es decir, que parece existir un cierto vínculo entre relaciones abiertas y satisfacción sexual en hombres, o al menos un vínculo mayor del que existe en mujeres entre tales variables. Posiblemente ello se deba a que en las relaciones abiertas el mayor deseo de promiscuidad sexual masculino -repetidamente aludido y contrastado- puede satisfacerse más fácilmente sin las dolorosas sanciones provenientes del otro miembro de la pareja, y de uno mismo (los popularmente insidiosos «remordimientos») que acontecen en las relaciones cerradas.

Hipótesis 2.3: en los hombres existirá una mayor relación inversa entre duración de la relación y satisfacción sexual; es decir, a largo plazo la satisfacción sexual tenderá a disminuir más entre los hombres que entre las mujeres

Por una parte, como se aprecia en la tabla IV, la correlación «duración de la relación-satisfacción sexual» en hombres es de $-.17$ ($p < .01$), mientras que en mujeres es de $.00$; además la diferencia entre ambas correlaciones es significativa ($p < .05$). Por otro lado, como se ve en la tabla VI, el mejor predictor negativo de la satisfacción sexual en hombres resulta ser precisamente la duración de la relación, mientras que esta variable no aparece en la ecuación de regresión de las mujeres. Ambos tipos de análisis apuntan a que a medida que aumenta el tiempo que la pareja lleva junta tiende a disminuir la satisfacción sexual percibida por los hombres, pero no sucede lo mismo entre las mujeres.

Comoquiera que las regresiones y correlaciones lineales quizá no sean las técnicas más adecuadas para analizar una variable temporal como es la duración de la relación, llevamos a cabo también los mencionados análisis temporales (ver apartado 4 de los resultados).

Como se aprecia en la figura 1, llama la atención la notable diferencia entre la evolución de la satisfacción sexual en hombres y en mujeres (cuando menos, insisto, en nuestra muestra). Este resultado es, con diferencia, el más conspicuo de los encontrados respecto a la evolución temporal de cualquier variable, y no podemos pasarlo por alto. Como se observa en la gráfica de los hombres, la satisfacción sexual aumenta paulatinamente hasta alcanzar su punto máximo entre el 21 y el 41 año de la relación, y a partir de los 4 años -siempre aproximadamente, claro está- comienza un brusco e ininterrumpido descenso. Sin embargo, la gráfica de las mujeres es ciertamente distinta, fundamentalmente a partir de la llamada «etapa de amor compañero» -en torno a esos 4 años- (ver C. Yela, 1997): vemos cómo la satisfacción sexual aumenta, con altibajos, durante las primeras etapas de enamoramiento y amor pasional, y lejos de sufrir el brusco descenso que aparece en hombres durante la fase de amor compañero, ni tan siquiera sufre un leve descenso, o una estabilización, sino que continúa incrementándose. En un futuro estudio sería especialmente interesante ver qué sucede en etapas de la relación mucho más avanzadas aún que los 7 o los 10 años (y, a poder ser, con una muestra representativa de la población española, y un diseño longitudinal).

Veamos qué procesos pueden estar implicados en la explicación de este llamativo resultado:

Hay una serie de factores que tienden a disminuir la satisfacción sexual con el paso del tiempo. Por una parte, están los procesos de «habituaación» y «saciación», constatados formalmente por los psicólogos conductuales hace ya varias décadas (p.ej. Skinner, 1953), cuya consecuencia inmediata en nuestro área es que no se siente la misma emoción, la misma atracción sexual, ni la misma intensidad de deseo la primera vez que se tiene relaciones sexuales con una pareja nueva, que después de 500, 1.000, o 5.000 veces, lo cual, a la larga, tenderá a ir en detrimento de la satisfacción sexual.

Muy relacionado con ello está lo que se dio en llamar el «efecto de la ganancia-pérdida» (Aronson y Linder, 1965), que, aplicado a la satisfacción sexual, supone que, mientras que los

refuerzos sexuales -todo estímulo sexual placentero- provenientes de nuestra propia pareja van perdiendo valor con el tiempo (debido a que el poder de los refuerzos se establece en términos relativos, y no absolutos), los que provienen de otras personas son cada vez más valorados y/o deseados, lo cual contribuye a disminuir nuestra satisfacción sexual ya que en nuestra cultura los refuerzos sexuales deben provenir exclusivamente de nuestra propia pareja. De modo muy similar se expresan las leyes del «cambio de las emociones», la «habitación», y el «sentimiento comparativo» de *Frijda* (1988).

Otro fenómeno, estrechamente relacionado con los anteriores, es el ya mencionado «efecto coolidge», que refleja una preferencia, de origen evolutivo, por los estímulos sexuales novedosos, y que se ha constatado específicamente en los machos de algunas especies animales (p.ej. *Dewsbury*, 1981). Como afirman los sociobiólogos, debido a la diferencia fundamental en el nivel de inversión parental, dicho efecto tendría un mayor sentido adaptativo en hombres que en mujeres (suponiendo que pueda extenderse el efecto a la especie humana y aplicarse a las condiciones actuales), puesto que les conduciría a maximizar las probabilidades de transmisión genética propia. En el mismo sentido apuntan los efectos de la socialización sexista en nuestra cultura, dada la severa penalización social de la promiscuidad femenina, y el criterio mucho más laxo aplicado a los hombres (la conocida «doble moral»). De este modo, si, presumiblemente tanto las fuerzas biológicas como sociales, impelen al hombre a desear estímulos sexuales novedosos con mayor frecuencia o avidez que a la mujer, resulta lógico que manifieste una menor satisfacción sexual después de 4 o 5 años expuesto exclusivamente -en principio- al mismo estímulo sexual (de hecho, cerca de un 85 % de las parejas se autocalificaban como «cerradas», y la experiencia sugiere que muchas de las que se autocalifican como «abiertas» suelen ser finalmente cerradas en el terreno sexual).

Por último, la conjunción de todos los procesos anteriormente descritos tenderá a producir una disminución de la frecuencia de las relaciones sexuales con la pareja a medida que aumenta la duración de la relación amorosa (como constatan muy diversos autores; *Masters y cols.*, 1982, *Liebowitz*, 1983; *Cáceres*, 1986; *Jiménez Burillo et al.*, 1997...), y, como se aprecia en las ecuaciones de regresión (tabla VI), dicha frecuencia era uno de los mejores predictores de la satisfacción sexual en ambos sexos.

Pero existen también una serie de factores que tenderán a aumentar la satisfacción sexual con el paso del tiempo. Por un lado, la compenetración sexual entre ambos miembros aumenta con la práctica, lo que tenderá a repercutir positivamente en la satisfacción sexual. Por otra parte, los procesos de disonancia cognitiva (*Festinger*, 1957) tenderán a provocar que uno se sienta más satisfecho «a posteriori» con la situación existente en una relación que ha escogido «libremente», y tanto más cuanto más consolidada esté esa relación con el paso del tiempo. Por otro lado, el progresivo aumento de Intimidad favorece la comunicación abierta en el terreno sexual, y Ésta tiende a disminuir la ansiedad ante el desempeño sexual (la fuente principal de las disfunciones sexuales psicógenas), con lo cual tenderá a aumentar la satisfacción sexual. Finalmente, la satisfacción amorosa era uno de los factores que mayor influencia tenían sobre la satisfacción sexual, como reflejan los análisis de regresión (tabla VI), y los datos indican que aquella aumenta paulatinamente en mujeres ($r = .25$; $p < .01$) pero no así en hombres ($r = .02$). Quizá esto último esté también relacionado con los mayores deseos masculinos de independencia y promiscuidad (innatos y/o aprendidos), o, si se prefiere, con las menores habilidades masculinas para la intimidad y el compromiso (innatas y/o aprendidas).

Por lo que parece, a tenor de los datos obtenidos en el presente trabajo, posiblemente los factores que disminuyen la satisfacción sexual se manifiesten con mayor fuerza y/o más tempranamente en los hombres, mientras que los factores que la aumentan tengan mayor peso en las mujeres (tanto por motivos biológicos evolutivos, como por una socialización diferencial entre uno y otro sexo). Por otro lado, es posible que dicha reducción de la satisfacción sexual

esté relacionada directamente con la separación que se establezca entre la sexualidad y los sentimientos amorosos; separación que, como reflejan tanto las investigaciones empíricas -incluida la nuestra-, como las reflexiones teóricas, las obras literarias de las distintas Épocas, y la mera observación cotidiana asistemática, es bastante más fuerte en los hombres que en las mujeres -quienes tienden a establecer un fuerte vínculo entre ambos aspectos-.

Probablemente ninguno de los procesos aludidos es capaz por sí solo de dar cuenta de un resultado tan conspicuo como el que hemos tratado de explicar, pero quizá sí la interacción entre algunos o todos ellos. No hemos de descartar tampoco la posibilidad de que tal resultado se deba, en parte, a las características concretas de la muestra seleccionada, de la metodología empleada (diseño transversal, empleo de autoinforme -cuestionario-...) y/o a la interacción de ambas. Lógicamente, se requiere un mayor volumen de investigación para confirmar o refutar este resultado empírico, así como para pulir y afinar sus explicaciones teóricas¹. En la mencionada investigación que desde hace varios años venimos realizando varios miembros del Departamento de Psicología Social de la Facultad de Psicología de la U.C.M. mediante una amplia encuesta sobre el comportamiento amoroso y sexual realizada a una muestra representativa de la población española (n = 1949), se ha obtenido también ese brusco descenso de la satisfacción sexual en hombres (no así en mujeres), e incluso más temprano de lo que acontece en nuestra muestra de estudiantes (Jiménez Burillo et al., 1997; y en preparación).

Hipótesis 2.4: en los hombres existirá una mayor relación inversa entre duración de la relación y los sentimientos de Pasión Erótica; es decir, a largo plazo la Pasión Erótica tenderá a disminuir más entre los hombres que entre las mujeres

Lógicamente, los fundamentos teóricos de esta hipótesis -como expusimos en la introducción- eran básicamente los mismos que los de la anterior. En la tabla IV se aprecia la existencia de una correlación negativa significativa ($p < .01$) entre duración de la relación y pasión erótica en hombres ($r = -.18$), mientras que esa relación no parece existir en mujeres ($r = .00$). En este caso, los resultados del análisis temporal (figura 2) apuntan a que lo fundamental de la reducción de la pasión erótica con el tiempo en hombres no es que sea más intensa que en mujeres, sino que se produce de forma mucho más temprana que en mujeres. Como se aprecia en la gráfica, la Pasión Erótica comienza a descender en hombres al final de la etapa de enamoramiento (a partir de los 6 meses de relación -siempre aproximadamente y en promedio-), mientras que en mujeres continúa aumentando lentamente, para descender solo a partir de los 4 años. En cualquier caso, es necesario replicar estas investigaciones, tratando de ampliar la muestra en los niveles avanzados de duración de la relación, para ver si se confirman estas tendencias deducidas de los presupuestos de la sociobiología y de los enfoques de la socialización diferencial, y discretamente confirmadas en nuestros resultados.

En definitiva, todas las hipótesis que de una forma u otra se deducían de los mayores deseos de promiscuidad sexual por parte de los hombres (ya sea por estrategias evolutivas adaptativas, transmitidas genéticamente, y/o por la obvia socialización diferencial a la que uno y otro sexo es expuesto en nuestra cultura) se ven en mayor o menor medida confirmadas en la actualidad en nuestro país (al menos en la muestra manejada y con la metodología empleada).

¹ Resultados similares han sido obtenidos recientemente por el autor y otros miembros del Departamento de psicología Social de la Facultad de psicología de la U.C.M., en una amplia encuesta sobre el comportamiento amoroso y sexual realizada a una muestra representativa de la población española (n = 1949).

Hipótesis 3.1: las mujeres percibirán un mayor equilibrio que los hombres entre el compromiso adquirido y la independencia deseada

Dicha hipótesis, derivada de los distintos roles tradicionales de uno y otro sexo (instrumentales y de independencia en hombres, y emocionales y de compromiso en mujeres), recibe cierto apoyo empírico en nuestro estudio. Como se aprecia en la tabla III, el promedio de dicha variable es de 3.87 en hombres y de 4.04 en mujeres. La diferencia, aunque pequeña, es estadísticamente significativa (aunque tan solo con un N.C. del 90 %). Claro que quizá habría que decir que la diferencia, aunque estadísticamente significativa, es pequeña. Ello parece sugerir que la percepción de lo que vulgarmente se conoce como «sentirse atado» tiende a ser algo menor en mujeres. Dicha diferencia, que se ajusta a los roles tradicionales de comportamiento amoroso-sexual masculino y femenino, parece continuar en cierta medida vigente, aunque quizá no con la intensidad de antaño. (Como siempre, un cambio notable en los comportamientos amoroso y sexuales tiende a inclinar la balanza de la causalidad eficiente hacia el polo ambiental o social, frente al polo biológico-evolutivo). Resulta importante ahondar en este extremo, en investigaciones ulteriores, con una evaluación más fina de la variable «equilibrio compromiso-independencia» (además, por supuesto, de la utilización de una muestra representativa de la población española).

Hipótesis 3.2: en los hombres existirá una mayor relación entre el equilibrio compromiso-independencia y la satisfacción amorosa y sexual

Efectivamente, el factor referido al «equilibrio percibido entre el compromiso adquirido con la pareja y la independencia personal deseada» parece tener una mayor relación con la satisfacción amorosa en hombres que en mujeres, apareciendo en la ecuación de regresión de la satisfacción amorosa de los hombres y no en la de las mujeres (tabla V). Constatamos igualmente que la relación entre el equilibrio C-Indep. y la satisfacción sexual es mayor (N.C. del 90 %) en hombres ($r = .28$; $p < .01$) que en mujeres (.15; r no significativa). Ello parece estar en la línea de lo comentado respecto a los mayores deseos de promiscuidad (amorosa y sexual) manifestados por los hombres (por los motivos que fueren) y su mayor incomodidad ante el compromiso estable exclusivo.

Ya adjuimos en su momento que el equilibrio Compromiso-Independencia debía cobrar mayor importancia para los hombres, dada su mayor tendencia a la promiscuidad y a la independencia por razones que, además de un origen evolutivo, (comentado repetidas veces) que parece fuera de duda (p.ej. *Buss y Schmitt*, 1993; *Walsh*, 1993), pueden encontrarse también en los roles sociales normativos (prescritos y proscritos): la famosa «doble moral» (p.ej. *Nicholson*, 1984; *Hendrick y Hendrick*, 1992). Así no resulta extraño que la conservación de ese delicado equilibrio ESTÉ más relacionada con la satisfacción amorosa en los hombres que en las mujeres. Si los factores sociales y de aprendizaje son los más importantes para explicar esta y otras diferencias intergenéricas en el comportamiento amoroso, cabría esperar un cambio en dichas conductas como consecuencia de los cambios de roles que poco a poco va introduciendo el conocido fenómeno general de «liberación femenina», que sin duda (con mayor o menor intensidad, según el punto de vista desde el que se evalúe) se ha venido produciendo en las últimas décadas. Las investigaciones que se realicen en esta última década del siglo podrán arrojar luz sobre esta controvertida y relevante cuestión. Los sociobiólogos suelen aducir, en defensa de las causas evolutivas de los comportamientos amorosos diferenciales, que, habiendo cambiado los roles amorosos y sexuales, atribuidos a uno y otro GÉNERO, el cambio en las conductas ha sido muy poco notable. Parece muy cierto que los cambios en los comportamientos no han sido tan radicales como se pretende, pero cabe preguntarse si efectivamente se ha producido ese

cambio de roles aducido. Como argumentan los teóricos de la socialización diferencial (y las feministas), parece igualmente cierto que la famosa «doble moral» está muy lejos de haber desaparecido.

De este modo, parecen confirmarse también, aunque más discretamente, las hipótesis relacionadas directamente con el desarrollo de roles diferenciales en las relaciones amorosas y sexuales.

Hipótesis 4.1: en los hombres existirá una mayor relación entre el atractivo físico percibido en la pareja y la intensidad de los componentes amorosos

La correlación entre el atractivo físico del otro y la intensidad de los componentes amorosos, de mayor magnitud en los hombres en los cuatro componentes, no alcanza un nivel de significación aceptable respecto a la PE y al C, lo que sugiere que la importancia del atractivo físico del otro sobre los sentimientos de PE y C hacia él, es similar en uno y otro sexo. No obstante, con un N.C. del 90%, parece haber una relación más estrecha en hombres que en mujeres entre el atractivo físico del otro con la «pasión romántica» sentida (.39 en hombres vs. .27 en mujeres), así como con algo tan aparentemente lejano al atractivo físico como es la intimidad de la pareja (.35 vs. .20). (Tabla IV)

Tales resultados confirman parcialmente la hipótesis, a la vez que apuntan hacia la mayor importancia, en general, concedida por los hombres al atractivo físico de sus parejas.

Hipótesis 4.2: en los hombres existirá una mayor relación entre el atractivo físico percibido en la pareja y la satisfacción amorosa y sexual

Aunque tales correlaciones son mayores en hombres que en mujeres, no alcanzan un nivel de significación estadística convencionalmente aceptable, por lo que no podemos aceptarlas. Así pues, al menos en nuestra muestra, el atractivo físico del otro influye significativamente en la satisfacción amorosa y sexual pero no significativamente más en hombres que en mujeres. De hecho, esta es la única hipótesis proveniente de la literatura especializada que no recibe apoyo empírico en el presente estudio. Investigaciones ulteriores podrán arrojar algo de luz respecto a si dicho resultado se debe a un cambio en los roles, actitudes y comportamientos en ambos sexos en la esfera amorosa y sexual, o es simplemente un «artefacto experimental» (p.ej. explicable por las características específicas de la muestra empleada o el instrumento de recogida de datos).

Hipótesis 5.1: en los hombres existirá una mayor relación inversa entre los celos sexuales y la satisfacción amorosa

Como apuntan los análisis diferenciales de regresión (tablas V y VI), los celos sexuales parecen ser más importantes para el hombre, mientras que para la mujer parecen serlo los celos generales. Efectivamente, los primeros aparecen como predictores de la insatisfacción amorosa en hombres, pero no aparecen en la ecuación de regresión de las mujeres, mientras que los segundos aparecen como predictores de la insatisfacción amorosa y sexual en mujeres, pero no aparecen como predictores en los hombres. En otras palabras, los hombres -al menos, como siempre, en nuestra muestra- parecen verse más afectados ante la infidelidad sexual de sus parejas que ante la «infidelidad afectiva», mientras que a las mujeres parece afectarles más el hecho de que su pareja establezca una relación afectiva íntima con otra persona, que el que tenga una mero «affaire» sexual. El efecto diferencial de ambos tipos de celos en uno y otro

sexo puede deberse a los roles sexuales diferenciales aprendidos por uno y otro sexo, y/o a la diferente concepción de la relación amor-sexo entre hombres y mujeres, aunque también, como se expuso en el apartado introductorio, la sociobiología ha señalado el valor adaptativo de tales diferencias entre nuestros ancestros (lo cual podría estar actuando como telón de fondo, con mayor o menor intensidad, y atenuado o -más frecuentemente- incrementado por los factores culturales).

Hipótesis 5.2: en las mujeres existirá una mayor relación inversa entre los celos emocionales y la satisfacción amorosa

Comprobamos que la correlación negativa entre los celos generales y la sat.amorosa es mayor en mujeres (-.23; $p < .01$), que en hombres (-.05; en quienes no resulta significativa), lo que sugiere, como apuntaban también los análisis diferenciales de regresión recientemente comentados (tablas V y VI) que las mujeres suelen conferir mayor importancia a los celos generales (producidos por las relaciones afectivas íntimas de su pareja con otras mujeres), mientras que, como refrendan esos mismos análisis, los hombres suelen conferir mayor importancia a los celos sexuales (producidos por las relaciones sexuales de su pareja con otros hombres).

Por su parte, cabe destacar que lo que hemos llamado «celos generales o emocionales» es el único factor que aparece como predictor tanto de la satisfacción amorosa como de la satisfacción sexual en mujeres (siempre con carácter negativo), lo cual nos permite subrayar su gran importancia en el comportamiento amoroso y sexual femenino.

En definitiva, la gran mayoría de las hipótesis deducidas de la literatura especializada (enfoques teóricos básicos e investigaciones empíricas principales) se ven en mayor o menor medida confirmadas en la actualidad en nuestro país (al menos en la muestra manejada y con la metodología empleada)¹, ya sea por estrategias evolutivas adaptativas, transmitidas genéticamente, y/o por la obvia socialización diferencial a la que uno y otro sexo es expuesto en nuestra cultura, o, como siempre, a la continua interacción entre ambas fuerzas.

Por otro lado, aparecen en nuestros análisis otras *diferencias no explícitamente predichas*, que no podemos dejar pasar por alto:

1) La llamada «Pasión Erótica», uno de los cuatro dimensiones básicas del comportamiento amoroso (ver C.Yela, 1996), aparece, como puede apreciarse en la tabla V, como la segunda variable mejor predictora de la satisfacción sexual en mujeres (mientras que no aparece en la ecuación de los hombres). Quizá ello se deba a la repetidamente aludida mayor unión del amor y la sexualidad mostrada por las mujeres.

2) Por su parte, la «Pasión Romántica» aparece como fuertemente predictora de la satisfacción amorosa en mujeres pero no en hombres (tabla V). Posiblemente ello se deba en parte a la mayor importancia que las mujeres han aprendido a conceder al romanticismo, dentro del aprendizaje de un «rol expresivo» vs. el «rol instrumental» aprendido por los hombres, como señalamos en la introducción a este trabajo.

3) La permisividad sexual aparece como un importante predictor, con signo negativo, de la satisfacción amorosa en hombres (tabla V). Nuestros resultados sugieren que los hombres con actitudes sexuales más permisivas -evaluada como un mayor deseo de promiscuidad sexual y una mayor aceptación de las relaciones sexuales casuales, sin compromiso, «de una noche», y con distintas personas en un mismo periodo- pueden manifestar una menor satisfacción con la relación amorosa, posiblemente en el sentido en que la relación de pareja (a pesar ser fuente de toda una más o menos larga serie de satisfacciones de diversa índole) suele ser un obstáculo para la satisfacción de los deseos de promiscuidad sexual, dadas las normas sociales vigentes en nuestra cultura. En las mujeres, como señala toda la investigación precedente expuesta más

arriba, y como hemos corroborado en nuestros propios resultados, la permisividad sexual sigue siendo mucho menor (fundamentalmente en lo que se refiere al deseo de promiscuidad sexual), y por tanto este problema no parece ser tan acuciante, tal y como indican las ecuaciones de regresión. Los cambios en este sentido quizá no sean tan grandes como proclaman ostentadamente los medios de comunicación de masas. Aunque, desde luego, es obvio que nada cabe afirmar con total garantía apoyándose únicamente en la muestra empleada en nuestro estudio, sin embargo, los mismos resultados hemos obtenido recientemente en una muestra representativa de la población española (*Jiménez Burillo et al.*, 1997).

4) Por otro lado, la actitud favorable hacia la Iglesia Católica resulta ser uno de los principales predictores de insatisfacción sexual entre las mujeres -no así entre los hombres- (tabla VI). Esto ya había sido obtenido en otros estudios empíricos (p.ej. *Alberoni y Fraia*, 1992). No parece extraño que así suceda. Como han puesto de manifiesto muy diversos autores, desde análisis históricos, sociológicos y psicológicos (p.ej. *Serrano*, 1975; *Valverde y Abril*, 1975; *Flandrin*, 1981; *Martín Gaité*, 1982; *Verdd*, 1986...), la estricta moral impuesta por la Iglesia Católica es el origen último de numerosos sufrimientos en el área de las relaciones sexuales. La consideración tradicional de la sexualidad como algo oscuro, sucio o pecaminoso (a excepción del «débito conyugal» con fines exclusivamente procreativos) ha conducido directamente a hacer de la sexualidad una de las áreas de las relaciones humanas donde es mayor la ignorancia. Este desconocimiento genera tabúes, prejuicios, estereotipos falsos, temores y ansiedad respecto al desempeño en las relaciones sexuales, siendo fuente de multitud de problemas e insatisfacción sexual, como subrayan los expertos en la materia (p.ej. *Masters y cols.*, 1982; *Vazquez*, 1982; *Carrasco y cols.*, 1984; *Zimbardo*, 1986; *Ochoa y Vazquez*, 1991...). Los resultados reflejan que sólo en las mujeres el catolicismo está asociado a insatisfacción sexual; de hecho la correlación negativa entre la actitud favorable hacia la Iglesia y la satisfacción sexual es significativa en mujeres (-.21; $p < .01$), e inexistente en hombres (.02). Probablemente esto se deba a que la represión de la sexualidad exigida por la Iglesia a sus fieles ha sido siempre -y sigue siendo, como queda bien claro en el Nuevo Catecismo Católico, publicado en 1992- más severa para las mujeres (la conocida «doble moral»).

5) Por último, se constata una percepción más elevada del «atractivo físico del otro/a» por parte de los hombres (tabla III), lo cual pudiera ser reflejo de la mayor importancia que Estos parecen conceder a dicho rasgo, ampliamente documentada -como se expuso en la introducción, y/o de la mayor importancia que a este aspecto asigna el rol femenino.

En no pocas ocasiones se tacha a la investigación diferencial de un Énfasis desmedido en la obtención de diferencias entre los grupos sobre los que indaga. En el caso que nos ocupa tal Énfasis no nos parece gratuito. Conocer tales diferencias, sus explicaciones más razonables (como producto de estrategias adaptativas en la evolución de la especie humana, preservadas en nuestros genes, y/o como comportamientos aprendidos durante la socialización diferencial), y tenerlas en cuenta, debería contribuir a una mejor comprensión de las tendencias y los deseos de uno mismo y del otro miembro de la pareja, y consecuentemente a una mejora de la interacción entre ambos sexos, eliminando las diferencias que resulten disfuncionales y fomentando las funcionales (lo cual, como ya hemos comentado anteriormente, no está en absoluto en contradicción con el intento de eliminar las discriminaciones sociales -en derechos, deberes, oportunidades, toma de decisiones, responsabilidades...etc- entre uno y otro sexo).

Por otro lado, hay que resaltar la vigencia de un comportamiento similar entre hombres y mujeres en todas aquellas variables -y son muchas- en las que no se constatan explícitamente diferencias significativas.

Desde el punto de vista teórico, como se apuntó en la introducción, la constatación de una diferencia genérica en comportamiento amoroso-sexual difícilmente va a suponer un apoyo a uno u otro enfoque teórico (sociobiología / socialización diferencial), dado que con suma fre-

cuencia ambas predicen -o, más propiamente, «post-dicen»- tendencias similares. Posiblemente la investigación transcultural pueda arrojar algo de luz sobre este controvertido debate, en el sentido en que sobre las conductas diferenciales que se repiten sistemáticamente en las más diversas culturas cabe concebir una base genética predominante, mientras que sobre las conductas amoroso-sexuales específicas de las distintas culturas cabe suponer una base más vinculada con el aprendizaje y la socialización.

Debemos recordar aquí las advertencias expuestas en la introducción de este trabajo: que hablamos de tendencias generales y no de casos específicos; que los resultados obtenidos pueden deberse, en cierta medida (el problema es en qué medida) a las características de la muestra, instrumentos de recogida de datos, situación de evaluación, sesgos en la respuesta u otras «variables extrañas»; que la contrastación empírica de diferencias no nos habla de las causas de esas diferencias; que diferencias intergenéricas no implican ausencia de diferencias intragenéricas, que una diferencia en comportamiento no justifica una discriminación sexual (nada tiene que ver una cosa con la otra)...etc.

Entre las limitaciones más importantes del presente estudio hay que mencionar el empleo de una muestra de estudiantes -siguiendo la pauta de la inmensa mayoría de las investigaciones en Psicología y Psicología Social-. Con el objeto de superar esta tan común limitación varios miembros del Departamento de Psicología Social de la U.C.M. hemos desarrollado una investigación sobre el mismo tema realizada sobre una muestra representativa de la población española (n = 1949), cuyos resultados serán han comenzado a ser expuestos (*Jiménez Burillo et al.*, 1997; *C.Yela*, 1997-b), y serán publicados a lo largo de los próximos años.

Otra limitación de nuestros resultados se debe al empleo del autoinforme, y en concreto del cuestionario, como técnica de recogida de datos. Como es sabido, cada técnica tiene una serie de ventajas y otra -no menos larga- de inconvenientes o limitaciones. En el futuro sería interesante tratar de combinar el uso del cuestionario con otro tipo de autoinformes (entrevista en profundidad, grupos de discusión...), y de otras técnicas de recogida de datos como el análisis de documentos (cartas, diarios, canciones populares...), la observación sistemática, o incluso diseños experimentales o cuasi-experimentales (como el comentado de *Clark y Hatfield*, 1989) -salvando los obstáculos técnicos y éticos que suponen estas técnicas-.

Dos aspectos más concretos se refieren a la importancia de una evaluación más precisa de la «satisfacción sexual» (ya que comprobamos que mediante un ítem directo la gran mayoría de la muestra se sitúa invariablemente en la puntuación máxima), y la conveniencia de incorporar la variable «rol de género» -masculino, femenino, andrógino e indiferenciado- a los análisis diferenciales.

Sin duda, una sugerencia importante de cara a investigaciones futuras sería el empleo de una estrategia longitudinal con el objeto de contrastar con mayor rigor las hipótesis vinculadas con el paso del tiempo y la duración de la relación amorosa. Naturalmente ello requiere tiempo, esfuerzo y dinero -con frecuencia en mayor medida de lo disponible-, pero posibilita eliminar los siempre insidiosos «efectos de cohorte».

Por último, sería muy interesante tratar de contrastar estas y otras hipótesis diferenciales (entre hombres y mujeres) en distintos grupos definidos por algunas variables «macro», como el nivel de estudios, la sociedad (p.ej. diferencias/similitudes entre españoles y estadounidenses o centro-europeos, en las diferencias entre sexos en el comportamiento amoroso-sexual), o la propia cultura (p.ej. diferencias/similitudes entre occidentales y otras culturas -orientales, tribus indígenas...- en las diferencias entre sexos en el comportamiento amoroso-sexual). De este modo podríamos tratar de indagar algo más en la vigencia, posibles causas, y consecuencias de tales diferencias, siempre con el objetivo último de mejorar la calidad de las relaciones, eliminar actitudes sexistas basadas en la ignorancia, fomentar el respeto hacia el sexo opuesto, y, en definitiva, aumentar la satisfacción de ambos miembros.

Agradecimientos

Quiero hacer constar públicamente mi agradecimiento a D. Mariano Yela (H) por su magisterio y ayuda, tanto en general como específicamente en lo que atañe al presente trabajo.

Referencias

- Alberoni, F. y Fraia, G. Di (1992).- *Erotismo e Valori*. Wyeth. Línea Ginecología. Italia. Aprilia.
- Altman, I. (1974).- The communication on interpersonal attraction: an ecological approach. En T.L.Huston (Ed.): *Foundations on Interpersonal Attraction*. New York. Academic Press.
- Aronson, E. y Linder, D. (1965).- Gain and loss of esteem as determinants of interpersonal attractiveness. *Journal of Experimental Social Psychology*, 1, 156-171.
- Averill, J.R. (1985).- The social construction of emotion: with special reference to love. En K.J.Gergen y K.E.Davis (Eds.): *The Social Construction of the Person*. New York. Springer Verlag.
- Avia, M.D; Carrillo, J.M. y Rojo, N. (1990).- Personalidad y diferencias sexuales: el papel del sexo, la edad y la experiencia. *Revista de Psicología Social*, 5, 1, 7-22.
- Bailey, W.C; Hendrick, C. y Hendrick, S. (1987).- Relation of sex and gender role to love, sexual attitudes and self-esteem. *Sex Roles*, 16, 11-12, 637-648.
- Bardis, P.D. (1979).- Homeric love. En M.Cook y G.Wilson (Eds.): *Love & Attraction*. Oxford. Pergamon Press.
- Beach, F.A. y Ford, C.S. (1951).- *Conducta Sexual*. Barcelona. Fontanella. 1969.
- Bell, A.P. y Weinberg, M.S. (1978).- *Informe Kinsey: Homosexualidades*. Madrid. Debate. 1979.
- Bem, S.L. (1974).- The measurement of psychological androgyny. *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, 42, 155-162.
- Bueno, M. (1983).- Relaciones de pareja: satisfacción y ajuste en las percepciones recíprocas. *Revista de Psicología General y Aplicada*, 37, 6, 1157-1176.
- Burgaleta, R. (1989).- El estudio científico de la variabilidad humana. En R.Burgaleta y otros (Eds.): *Lecturas de Psicología Diferencial* (407-416). Facultad de Psicología. U.C.M.
- Buss, D.M. (1988).- Love acts: the evolutionary biology of love. En R.J.Sternberg y M.L.Barnes (Eds.): *The Psychology of Love*. New Haven. Yale University Press.
- Buss, D.M. (1989).- Sex differences in human mate preferences: evolutionary hypothesis tested in 37 cultures. *Behavioral and Brain Sciences*, 12, 1-49.
- Buss, D.M. y Barnes, M. (1986).- Preferences in human mate selection. *Journal of Personality and Social Psychology*, 50, 3, 559-570.
- Buss, D.M; Larsen, R.J; Westen, D. y Semmelroth, J. (1992).- Sex differences in jealousy: evolution, physiology and psychology. *Psychological Science*, 3, 251-255.
- Buss, D.M. y Schmitt, D.P. (1993).- Sexual strategies theory: an evolutionary perspective on human mating. *Psychological Review*, 100, 2, 204-232.
- Byrne, D. (1971).- *The Attraction Paradigm*. New York. Academic Press.
- Cáceres Carrasco, J. (1986).- *Reaprender a vivir en pareja*. Barcelona. Plaza & Janes.
- Campo, Salustiano Del (1993).- *Tendencias sociales en España (1960-1990)*. 3 Vols. Madrid. Fundación BBV.
- Cancian, F. (1987).- *Love in America: gender and self-development*. Cambridge University Press.
- Carrasco, M.J; Llavona, L. y Carrasco, I. (1984).- Disfunción sexual y otros trastornos de la pareja (499-522). En J.Mayor y F.J.Labrador (Eds.): *Manual de Modificación de Conducta*. Madrid. Alhambra. 1990.
- Carreyo, M. (1991).- *Aspectos psico-sociales de las relaciones amorosas*. Tesis Doctoral. Facultad de Psicología. Universidad de Santiago de Compostela.
- Carvajal, F; Sebastián, J; Comide, E; Delgado, A; Castellote, I. y Blanco, C. (1990).- Implicaciones del modelo de la androginia en el comportamiento sexual: arousal subjetivo y fantasías sexuales. *Revista de Psicología Social*, 5, 1, 23-42.
- Christensen, H.T. y Gregg, C.F. (1970).- Changing sex norms in America and Scandinavia. *Journal of Marriage and the Family*, 32, 616-627.
- C.I.R.E.S. (Centro de Investigaciones de la Realidad Social) (1992).- *La realidad social en España*. Ellacuría. Erandio (Vizcaya).
- Clark, R.D. y Hatfield, E. (1989).- Gender differences in receptivity to sexual offers. *Journal of Psychology and Human Sexuality*, 2, 39-55.
- Coleman, M. y Ganong, L.H. (1985).- Love and sex role stereotypes: do macho men and feminine women make better lovers? *Journal of Personality and Social Psychology*, 49, 1, 170-176.
- Cook, M. y Mc Henry, R. (1978).- *Sexual Attraction*. Oxford. Pergamon Press.
- Critelli, J.W; Myers, E.J. y Loos, V.E. (1986).- The components of love: romantic attraction and sex role orientation. *Journal of Personality*, 54, 2, 354-370.
- Davis, L.E. y Strube, M.J. (1993).- An assessment of romantic commitment among black and white dating couples. *Journal of Applied Social Psychology*, 23, 3, 212-225.

- Dawkins, R. (1976).- *El gen egoísta*. Barcelona. Labor. 1979.
- Derlega, V.J. y Winstead, B.A. (1986) (Eds.): *Friendship and Social Interaction*. New York. Springer-Verlag.
- Dewsbury, D.A. (1981).- Effects of novelty on copulatory behavior: the Coolidge effect and related phenomena. *Psychological Bulletin*, 89, 3, 464-482.
- Dickens, W.J. y Perlman, D. (1981).- Friendship over the life-cycle. En S.Duck y R.Gilmour (Eds.): *Personal Relationships*. (5 Vols.). Vol 2: Developing Personal Relationships. London. Academic Press.
- Etzebarria, I. (1989).- Diferencias sexuales en sentimientos de culpa. En A.Echebarria y D.Páez (Eds.): *Emociones: perspectivas psicosociales*. Madrid. Fundamentos.
- Eysenck, H.J. (1970).- Personality and attitudes to sex: a factorial study. *Personality*, 1, 355-376.
- Feingold, A. (1990).- Gender differences in effects of physical attractiveness on romantic attraction. *Journal of Personality and Social Psychology*, 59, 5, 981-993.
- Festinger, L. (1957).- *A Theory of Cognitive Dissonance*. California. Standfor University Press.
- Fisher, H. (1992).- *The Anatomy of Love*. New York. W.W.Norton.
- Fisher, W.A. y Byrne, D. (1978).- Sex differences in response to erotica? Love vs. lust. *Journal of Personality and Social Psychology*, 36, 2, 117-125.
- Flandrin, J.L. (1981).- *La moral sexual en occidente*. Barcelona. Gránica. 1984.
- Foa, V.G; Anderson, B; Converse Jr.J; Urbansky, W.A; Cawley, M.J; Muhlhausen, S.M. y Tomblom, K.Y. (1987).- Gender-related sexual attitudes: some cross-cultural similarities and differences. *Sex Roles*, 16, 9-10, 511-519.
- Fraia, G. DI (1991).- *La passione amorosa*. Treviglio. Harlequin Mondadori.
- Frijda, N.H. (1988).- The laws of emotion. *American Psychologist*, 43, 5, 349-358.
- Garaizabal, C. (1992).- Sexualidad: una asignatura pendiente. *Nosotras*, 8, 51-58.
- Gil Calvo, E. (1991).- *La mujer cuarteada*. Barcelona. Anagrama.
- Gillan, P. y Frith, C. (1979).- Male-female differences in response to erotica. En M.Cook y G.Wilson (Eds.): *Love & Attraction*. Oxford. Pergamon Press.
- Gondonneau, J. (1973).- *La fidelidad y la infidelidad*. Barcelona. Kairós. 1974.
- Gould, S.J. (1981).- *La falsa medida del hombre*. Barcelona. Antoni Bosch. 1984.
- Gryl, F.E; Stith, S.M. y Bird, G.W. (1991).- Close dating relationships among college students: differences by use of violence and by gender. *Journal of Social and Personal Relationships*, 8, 2, 243-264.
- Guasch, O. (1991).- *La Sociedad Rosa*. Barcelona. Anagrama.
- Hall, K.S; Binik, Y. y Tomaso, E. Di (1985).- Concordance between physiological and subjective measures of sexual arousal. *Behavior Research Therapy*, 23, 3, 297-303.
- Harris, M. (1971).- *Introducción a la Antropología General*. Madrid. Alianza Universidad. 1986.
- Hatfield, E. y Sprecher, S. (1985).- Measuring passionate love in intimate relations. *Journal of Adolescence*, 9, 4, 383-411.
- Hatfield, E; Sprecher, S; Pillemer, J.T. y Greenberger, D. (1988).- Gender differences in what is desired in the sexual relationship. *Journal of Psychology and Human Sexuality*, 1, 2, 39-52.
- Hatkoff, T.S. y Lasswell, T.E. (1979).- Male-female similarities and differences in conceptualizing love. En M.Cook y G.Wilson (Eds.): *Love & Attraction*. Oxford. Pergamon Press.
- Hendrick, C. y Hendrick, S. (1986).- A Theory and Method of love. *Journal of Personality and Social Psychology*, 50, 2, 392-402.
- Hendrick, C. y Hendrick, S. (1988).- Lovers wear rose colored glasses. *Journal of Social and Personal Relationships*, 5, 161-183.
- Hendrick, S. (1988).- The Relationship Assesment Scale: a generic measure of relationship satisfaction. *Journal of Marriage and the Family*, 50, 93-98.
- Hendrick, S. y Hendrick, C. (1987).- Multidimensionality of sexual attitudes. *Journal of Sex Research*, 23, 4, 502-526.
- Hendrick, S. y Hendrick, C. (1992).- *Liking, loving and relating*. Pacific Grove. California. Brooks Cole Pub.Co. (20 edición).
- Hite, S. (1974).- *Sinceridad sexual*. Barcelona. Martinez Roca. 1977.
- Hobart, C.W. (1979).- Changes in courtship and cohabitation in Canada (1968-1977). En M.Cook y G.Wilson (Eds.): *Love & Attraction*. Oxford. Pergamon Press.
- Hyde, J.S. (1981).- How large are cognitive gender differences: a meta-analysis using w^2 and d stadistics. *American Psychologist*, 36, 8, 892-901.
- Jiménez Burillo, F; Sangrador, J.L; Barrón, A; De Paul, P. y Yela, C. (En preparación): *Análisis psicosociológico del comportamiento amoroso de los españoles* (Proyecto de investigación financiado por la CICYT).
- Jiménez Burillo, F; Sangrador, J.L; Yela, C. y Martínez-Iñigo, D. (1997): *El comportamiento amoroso de los españoles: datos empíricos*. En el Ciclo de Conferencias «La pasión amorosa en las Ciencias Sociales». Círculo de Bellas Artes, 15-18 Diciembre. Sin publicar.
- Kelley, K. y Rolker-Dolinsky, B. (1987).- The psychosexology of female initiation and dominance. En D.Perlman y S.Duck (Eds.): *Intimate Relationships*. Beverly Hills. California. Sage Pub.
- Kenrick, D.T. y Trost, M.R. (1989).- A reproductive exchange model of heterosexual relationships. En C.Hendrick (Ed.): *Close Relationships*. Newbury Park. California. Sage Pub.
- Kinsey, A.C; Pomeroy, W.B. y Martin, C.E. (1948).- *Sexual behavior in the human male*. Philadelphia. W.B.Saunders.
- Kinsey, A.C; Pomeroy, W.B; Martin, C.E. y GebhardHA, D.H. (1953).- *Sexual behavior in the human female*. Philadelphia. W.B.Saunders.
- Lewontin, R. (1982).- *La diversidad humana*. Barcelona. Labor. 1984.

- Liebowitz, M.R. (1983).- *The Chemistry of Love*. Boston. Massachussets. Little Brown.
- Malo De Molina, C. (1992).- *Los españoles y la sexualidad*. Madrid. Temas de Hoy.
- Martin Gaité, C. (1982).- Usos amorosos de la postguerra. *Revista de Occidente*, 15-16, 147-159.
- Martín Serrano, M. (1991).- *Los valores actuales de la juventud en España*. Madrid. Instituto de la Juventud. Ministerio de Asuntos Sociales.
- Masters, W.H. y Johnson, V.E. (1966).- *Human sexual response*. Boston. Little Brown.
- Masters, W.H; Johnson, V.E. y Kolodny, R.G. (1982).- *La sexualidad humana*. (3 Vols.). Barcelona. Grijalbo. 1987.
- Mathes, E.W. y Severa, N. (1981).- Jealousy, romantic love, and liking. *Psychological Reports*, 49, 23-31.
- Mead, M. (1935).- *Sex and temperament in three primitive societies*. New York. William Morrow.
- Miguel, Amando De (1992).- *La Sociedad española*. Madrid. Editorial Complutense.
- Money, J. (1980).- *Love and love sickness: the science of sex, gender, difference and pair-bonding*. Baltimore. John Hopkins Univ. Press.
- Money, J. y Ehrhardt, A.A. (1972).- *Man and woman, boy and girl*. Baltimore. John Hopkins Univ. Press.
- Nardi, P.M. (Ed.) (1992).- *Men's friendships*. Newbury Park. California. Sage Pub.
- Nichols, M. (1992).- Sexualidad lesbiana: cuestiones y teoría en desarrollo. *Nosotras*, 8, 9-49.
- Nicholson, J. (1984).- *Hombres y Mujeres*. Barcelona. Ariel. 1987.
- Nieto, J.A. (1989).- *Cultura y Sociedad en las prácticas sexuales*. Madrid. Fundación Universidad-Empresa.
- Ochoa, E. y Vázquez, C. (1991).- *El libro de la sexualidad*. Madrid. El País.
- Oliver, M.B. y Hyde, J.S. (1993).- Gender differences in sexuality: a meta-analysis. *Psychological Bulletin*, 114, 1, 29-51.
- Peplau, L.A; Cochran, S; Rook, K. y Padesky, C. (1978).- Loving women: attachment and autonomy in lesbian relationships. *Journal of Social Issues*, 34, 3, 7-27.
- Robinson, I; Ziss, K; Ganza, B; Katz, S. y Robinson, E. (1991).- Twenty years of the sexual revolution (1965-1985): an update. *Journal of Marriage and the Family*, 53, 1, 216-220.
- Rubin, Z. (1973).- *Liking and loving: an invitation to Social Psychology*. New York. Hold, Rinehart & Winston.
- Sagan, C. y Druyan, A. (1992).- *Sombras de antepasados olvidados*. Barcelona. Planeta. 1993.
- Schwartz, A.E. (1979).- Androgyny and the art of loving. *Psychotherapy Theory, Research and Practice*, 16, 4, 405-408.
- Serrano Vicins, R. (1975).- *La sexualidad femenina*. Valencia. Júcar.
- Sherrod, D. (1989).- The influence of gender of same-sex friendships. En C.Hendrick (Ed.): *Close Relationships*. Newbury Park. California. Sage Pub.
- Sigusch, V; Schmidt, G; Reinfeld, A. y Wiedemann-Sutor, I. (1976).- Psychosexual stimulation: sex differences. En J.P.Wiseman (Ed.): *The Social Psychology of Sex*. New York. Harper & Row.
- Skinner, B.F. (1953).- *Ciencia y Conducta humana*. Barcelona. Fontanella. 1970.
- Steele, D. y Walker, E. (1976).- Female responsiveness to erotic films and the ideal erotic film from a feminine perspective. *Journal of Nervous and Mental Disease*, 162, 266-273.
- Sternberg, R.J. (1988).- *El Triángulo del Amor: Intimidad, Pasión y Compromiso*. Barcelona. Paidós. 1989.
- Sternberg, R.J. y Grajek, S. (1984).- The nature of love. *Journal of Personality and Social Psychology*, 47, 2, 312-329.
- Stroebe, W; Insko, C.A; Thompson, V.D. y Layton, B.D. (1971).- Effects of physical attractiveness, attitude similarity and sex on various aspects of interpersonal attraction. *Journal of Personality and Social Psychology*, 53, 4, 805-816.
- Symons, D. (1979).- *The evolution of human sexuality*. New York. Oxford University Press.
- Trivers, R.L. (1972).- Parental investment and sexual selection. En B.Campell (Ed.): *Sexual selection and the descent of human*. Chicago. Aldine.
- Valencia, J.F; Páez, D. y Echebarria, A. (1989).- Teorías sociopsicológicas de las emociones. En A.Echebarria y D.Páez (Eds.): *Emociones: perspectivas psicosociales*. Madrid. Fundamentos.
- Valverde, J.A. y Abril, A. (1975).- *Las españolas en secreto*. Valencia. SEDMAY.
- Vázquez Valverde, C. (1982).- Las alteraciones sexuales. En VV.AA.: *Psicopatología I*. Madrid. UNED.
- Verdú, V. (1986).- El amor en los tiempos de Franco. *Cuadernos de Historia* 16, 124, 73-81.
- Vergara, A. y Páez, D. (1989).- Rol sexual y diferencias en vivencia emocional. En A.Echebarria y D.Páez (Eds.): *Emociones: perspectivas psicosociales*. Madrid. Fundamentos.
- Walsh, A. (1991).- *The Science of Love*. Buffalo (NY). Prometheus Books.
- Walsh, A. (1993).- Love styles, masculinity-femininity, physical attractiveness and sexual behavior: a test of evolutionary theory. *Ethology and Sociobiology*, 14, 25-38.
- Wiederman, M.W. y Allgeier, E.R. (1993).- Gender differences in sexual jealousy: adaptionist or social learning explanation? *Ethology and Sociobiology*, 14, 115-140.
- Wilson, G. (1981).- *The coolidge effect: an evolutionary account of human sexuality*. New York. William Morrow.
- Wilson, G. y Nias, D. (1976).- *Love's mysteries*. Glasgow. W.Collins Sons & Co. Ltd.
- Wincze, J.P; Hoon, P. y Hoon, E.F. (1977).- Sexual arousal in women: a comparison of cognitive and physiological responses by continous measurement. *Archives of Sexual Behavior*, 6, 2, 121-133.
- Wrightman, L.S. y Deux, K. (1981).- *Social Psychology in the 80's*. Monterey. California. Brooks Cole.
- Wrong, D.H. (1961).- The oversocialized conception of man in modern Sociology. *American Sociological Review*, 26, 2, 183-193.
- Yela, C. (1995): *Análisis psico-sociológico del comportamiento amoroso*. Tesis Doctoral. UCM.

- Yela, C. (1996): Componentes básicos del amor: algunas matizaciones al modelo de Sternberg. *Revista de psicología Social*, 11, 2, 185-201.
- Yela, C. (1997): Curso temporal de los componentes básicos del amor a lo largo de la relación de pareja. *Psicothema*, 9, 1, 1-15.
- Yela, C. (1997-b): *Tipología amorosa de los españoles*. En el Ciclo de Conferencias «La pasión amorosa en las Ciencias Sociales». Círculo de Bellas Artes, 15-18 Diciembre. Sin publicar.
- Yela, M. (1978).- Herencia y Ambiente en la Psicología Contemporánea. *Boletín de la Fundación Juan March*, 76, 3-25.
- Yela, M. (1986).- El hombre, el azar y la necesidad. *Cuadernos de Ciencias del Hombre*, 7, 2, 29-39.
- Yela, M. (1994).- Genio y figura del español: un esbozo de síntesis. *Intervención Psicosocial*, 3, 7, 53-62.
- Zimbardo, P.G. (1986).- Atracción, amor y relaciones sexuales (464-494). En *Psicología y Vida*. México D.F.Trillas. 100 edición.